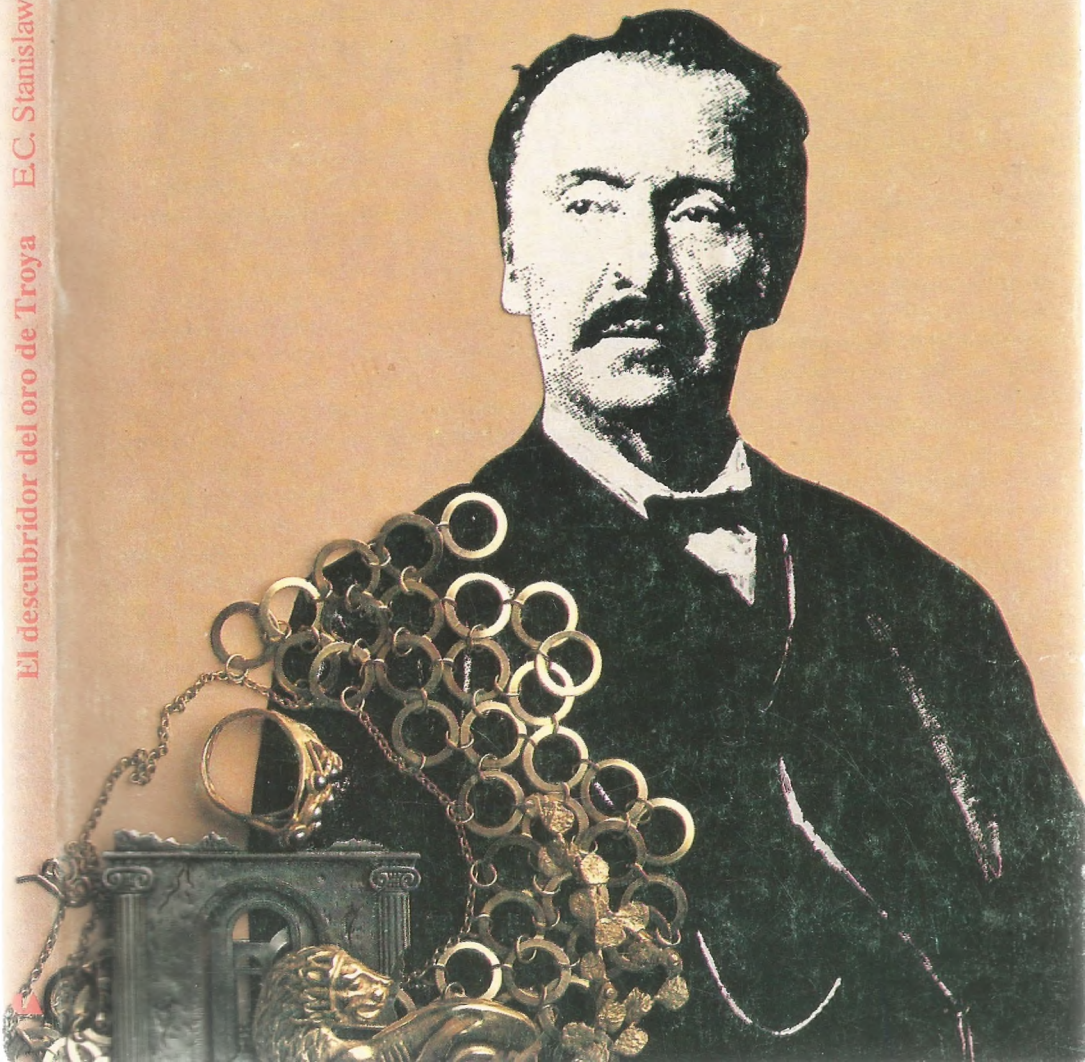
El descubridor del oro de Troya

Heinrich Schliemann

Estanislao C. Stanislawski
Silvia M. Stanislawski



El descubridor del oro de Troya E.C. Stanislawski y S.M. Stanislawski

Viajeros del conocimiento

Colección dirigida por
Victoria Schussheim

El descubridor del oro de Troya

Portada: diseño de Pablo Meyer y Asociados;
foto de Enrique Macías

Primera edición, 1991
© Pangea Editores, S. A. de C. V.
Periférico Sur 3453-601
10200 México, D.F.
Esta primera edición se coedita con la
Dirección General de Publicaciones del
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

ISBN 968-6177-37-X

D. R. Derechos reservados conforme a la ley
Impreso y hecho en México
Printed in Mexico

El descubridor del oro de Troya

Heinrich Schliemann

Estanislao C. Stanislawski
Silvia M. Stanislawski

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
Dirección General de Publicaciones

PANGEA
Pangea Editores, S.A. de C.V

A nuestros queridos hijos,
Stefanie y Víctor Alexei

Índice

El mundo de Schliemann 9
- En pos del oro de Rusia 19
- En pos del oro de California 25
- En pos del oro de Crimea 29
- Romance con el idioma griego 30
- Crisis financiera 32
- Nuestro hombre en México 33
- Matrimonio en las rocas 35
- Ciudadano norteamericano y divorcio al vapor 36
- Viaje a Ítaca, el Peloponeso y Troya (1868-1869) 37
- Schliemann en busca de esposa griega 42

Textos de Schliemann 49
- La guerra de Troya 51
- La Tróada 55
- Excavaciones en la colina de Hissarlik 58
- La colina de Hissarlik, similar a una cebolla 63
- El oro de Troya 65
- Juicio otomano contra Schliemann 69
- Micenas 71
- El drama de la casa de Atreo 71
- Excavaciones en Micenas 75

Otra vez Troya (1878-1883) 80
Tirinto 83
Schliemann y la ciencia 89
Creta 90

Últimos días de Schliemann 93
El destino de un tesoro 96

Índice analítico y glosario 99

El mundo de Schliemann

Mecklenburgo es una provincia al norte de Alemania que colinda con la región polaca de Pomerania, famosa por sus papas, su ganado, sus bosques de hayas y su rancia nobleza, gobernada por leyes medievales durante todo el siglo pasado, casi hasta el final de la primera guerra mundial. Los intelectuales alemanes se burlaban de los habitantes de esa región, y cuando veían algún individuo gordo y torpe solían decir, con cierta malicia, que merecía figurar en el escudo de Mecklenburgo, que está coronado por una cabeza de buey.

Aun cuando se había abolido formalmente la esclavitud desde hacía tiempo, continuaba en la práctica en el medio rural, promovida por los grandes terratenientes. Mientras tanto, en las ciudades, la burguesía trataba de conservar su posición privilegiada, y se cultivaban el estudio y las artes, siguiendo la tradición intelectual y artística de la reforma.

A ese medio urbano pertenecía la familia Schliemann, que dio cuatro generaciones de pastores protestantes. Ernst Schliemann inició su carrera de teología a los 26 años, convirtiéndose en clérigo a fin de continuar con la tradición familiar. Era un hombre ambicioso y culto que dudaba

Heinrich Schliemann

de todo excepto del maravilloso placer de vivir. Tenía un aspecto y una vitalidad hercúleos, aún a los 90 años. Mantuvo siempre una relación tormentosa con las mujeres, a las cuales abandonaba y volvía a tomar; fue capaz de engendrar un hijo a los 67 años y vivir constantemente en un ambiente de aventuras peligrosas, deudas, disputas, sin sentirse molesto física o moralmente.

A los 29 años Ernst se casó con una jovencita de 16 llamada Julia Burguer, dulce y triste, que trató en vano de florecer a los pies del volcán que tenía por esposo. Murió prematuramente a los 40 años, tras darle cuatro hijas y tres hijos. El mayor de todos, Heinrich, fue el que llevó el nombre de la familia a figurar entre los grandes viajeros del conocimiento.

Heinrich Schliemann Burger nació el 6 de enero de 1822 en la pequeña aldea de Neubukow, en Mecklenburgo, desde donde su padre fue trasladado como pastor a Ankerschagen. En ese pueblo vivió de los 2 a los 10 y allí, guiada por las maravillas de aquella región, su inclinación natural hacia lo misterioso se convirtió en verdadera pasión.

En efecto, el pueblo de Schliemann estaba habitado, al parecer, por el espíritu de un antepasado suyo, el pastor de Russdorf, así como por el de una joven que solía pasear por las noches en un pequeño estanque con una tacita de plata en su mano fantasmal. Se contaba también que en una colina cercana estaba enterrado el cuerpo del hijo predilecto de un bandolero, en su cuna de oro macizo; que había fabulosos tesoros ocultos en las ruinas de un antiguo torreón y que numerosos fantasmas habitaban los pasadizos subterráneos de un viejo castillo medieval atemorizando a la gente de la aldea. Según decían, la pierna de un caballero famoso por sus fechorías crecía continuamente fuera de la tumba, hasta que por desgracia —así lo afirmaban el enterrador y el sacristán— un buen día la pierna dejó de crecer. "Naturalmente, en mi sencillez infantil, creía en todas estas historias fantásticas y muchas veces le pedía a mi padre que abriera la tumba o que me autorizara para abrirla yo, con

el objeto de averiguar por qué aquella pierna no quería crecer más", escribió Schliemann al recordar aquellas leyendas de su infancia.

Éstos son los primeros indicios de esa maravillosa mezcla de credulidad y positivismo, de mística y curiosidad realista, que más adelante había de decidir el destino de Heinrich Schliemann. Toda la fuerza vital de que dio muestras, la pasión asombrosa y el temperamento vivo, egoísta, siempre irritable, lo heredó de su padre. De su madre heredó todo lo que hubo en él de sensible y filosófico.

Aunque pudiera parecernos contradictorio, el padre de Heinrich era un humanista que sentía gran interés por la historia de la antigüedad. Frecuentemente le relataba a su hijo el trágico fin de Pompeya y Herculano, así como las hazañas de los héroes de Homero y los sucesos de la guerra de Troya. El niño se puso del lado de los troyanos, y sufrió una gran decepción cuando se enteró de que Troya había sido totalmente destruida y que había desaparecido de la faz de la tierra sin dejar rastro alguno. La idea de la aniquilación total de la ciudad, cuyos héroes habían inflamado su corazón infantil, no podía ser aceptada por Schliemann; con gran alivio y esperanza contempló un dibujo de la *Historia universal para niños* que su padre le regaló en Navidad cuanto tenía 8 años, en la cual se apreciaba la ciudad de Troya en llamas, con la puerta Escea en primer plano, y Eneas llevando a su padre sobre los hombros y a su hijo de la mano; si el autor del libro había descrito y dibujado Troya, significaba que la había visto, decía Heinrich. De nada sirvió que su padre le explicara que aquel dibujo era producto de la fantasía del autor de la obra. Heinrich decidió que cuando fuera mayor excavaría las ruinas de Troya.

"Todo aquel que siente una pena o una alegría necesita hablar de ello; sobre todo un niño", escribe Schliemann, recordando su propia infancia. Pronto no podía hablar con sus amigos de nada que no fuera Troya y las cosas maravillosas y misteriosas que abundaban en Ankerschagen. Todos se

reían de él, excepto dos niñas: Luise, de 6 años y Minna, de 8, que escuchaban con gran atención sus relatos prodigiosos. Minna era la que mostraba mayor comprensión, y la que más creía en sus planes para el futuro.

Minna y Heinrich acordaron que tan pronto como fueran mayores se casarían y se dedicarían a investigar los misterios de su aldea; más tarde excavarían la ciudad de Troya.

Cuando Heinrich tenía 9 años murió su madre después del nacimiento de su último hijo, dejando tras de sí un hijo genial y la fama de ser un verdadero ángel. Fue una pérdida irreparable y la mayor desgracia que pudo pasarle tanto a él como a sus seis hermanos. La muerte de su madre coincidió con otra gran desdicha: su padre fue acusado de sostener relaciones amorosas con la sirvienta de la casa parroquial, y de haber robado dinero de la caja. Cuando se demostró su inocencia y se retiró la acusación que pesaba sobre él, regresó a su empleo. Un año más tarde anunció que por iniciativa propia había decidido renunciar al curato a cambio de una suma de dinero a manera de indemnización. Los jueces alemanes le otorgaron ocho mil táleros y con ese dinero, a los 58 años, se marchó a otro pueblo para comenzar una nueva vida como comerciante, con la tenacidad de un campesino marrullero pero sin dominio de sí mismo y, por ello, con poco éxito.

Lo más duro para Heinrich fue el no poder ver a Minna, ya que toda la gente del pueblo les volvió la espalda, incluida la familia de ella. Esto era mil veces más doloroso que la muerte de su madre. Bañado en lágrimas permanecía a diario horas enteras, solo, pensando lleno de tristeza en los días felices que había vivido en compañía de Minna. Todo el futuro le parecía incierto y tenebroso; ya no tenían encanto para él ni los misterios de Ankerschagen, ni Troya misma.

Con el objeto de quedar en plena libertad de acción, el señor Ernst Schliemann, ahora pastor renegado, mandó a Heinrich a vivir con su tío, que también era pastor, y a

Las hazañas de los héroes griegos fueron los relatos preferidos de Schliemann durante su infancia.

sus hermanos y hermanas con otros familiares. Tiempo más tarde, la famosa criada salió también de la casa, lo cual dio motivo a muchos comentarios.

En casa de su tío Heinrich estudió con ahínco, a tal grado que con motivo de la Navidad de 1832, cuando contaba con sólo 10 años de edad, escribió para su padre una versión en latín de los principales episodios de la guerra de Troya y de las aventuras de sus héroes, Ulises y Agamenón.

En la primavera de 1836, a la tierna edad de 14 años, se vio obligado a abandonar sus estudios y a trabajar en un pequeño almacén en la ciudad de Fürstenberg. El Viernes Santo, momentos antes de su partida a esa ciudad, se encontró por casualidad con Minna, a la que hacía más de cinco años que no veía. Cuando se vieron, escribe Schliemann, "comenzaron a llorar y cayeron uno en brazos del otro, siendo incapaces de pronunciar palabra alguna". Desde aquel instante Heinrich sintió una energía inmensa y una firme confianza en que, con infatigable tesón, prosperaría en la vida y llegaría a ser digno de Minna. Lo único que le pedía a Dios era que Minna no se casara antes de que él pudiera alcanzar una posición más desahogada.

Durante cinco años y medio su trabajo en el almacén de Fürstenberg consistió en vender arenques, manteca, café, harina, aguardiente de papas, moler las papas para la destilación y limpiar el piso, desde las 5 de la mañana hasta las 11 de la noche, día tras día. Olvidó todo lo que había aprendido y lo que su padre le había contado.

¡Qué dicha sintió Heinrich el día que entre las lamparillas y las velas de esperma de ballena apareció en el almacén un molinero borracho, hijo de un pastor, que había tenido que abandonar la escuela por su mala conducta y que ahora andaba de vago, borracho, pero que no olvidaba a Homero! "Mientras viva no olvidaré aquella noche que nos recitó cuando menos cien versos de este poeta, escandiéndolos con un ritmo armonioso. A pesar de no entender una palabra, la lengua melodiosa me produjo una impresión hondísima, haciéndome verter ardientes lágrimas por mi

desdichada suerte. Tuvo que repetirme tres veces aquellas estrofas, pagándole yo con tres copas de aguardiente, en las que gasté con gusto los pocos céntimos que constituían mi patrimonio. Desde aquel instante no cesé de pedir a Dios que se dignase concederme la dicha de poder algún día aprender el griego", cuenta Schliemann en sus memorias.

Durante esta época Heinrich, uno de los hombres más inteligentes y ambiciosos que el mundo ha conocido, no encontró la forma de mejorar en su trabajo, ni de disponer de maestros y de libros. Sin embargo, gracias a su confianza ilimitada en sí mismo, fue entonces cuando brotaron en su espíritu las ideas sustanciales capaces de dar salida al destino de este hombre excepcional. Pues en tanto que los hombres de naturaleza débil suelen sucumbir y acabar por imitar los malos ejemplos que vieron en su juventud, los hombres de naturaleza fuerte se templan y endurecen al contacto con las dificultades. Y Schliemann era un hombre de naturaleza fuerte.

¿Cuál era la causa de sus desdichas? Los deseos insaciables. ¿Qué complicaba la crisis? La pobreza de su padre. ¿Qué se necesitaba para vencer en la vida? Moderación, honradez y dinero. Con dinero, pensaba, podría vencer fácilmente todos los prejuicios. Si llegaba a tener lo suficiente para formar un hogar, ¿quién se atrevería a disputarle a su Minna? Y también podría comprar libros y estampas del mundo antiguo. . . el de los griegos, el de Homero. . . todo, todo podría adquirirlo con aquel dinero por el que su padre había vendido su curato y su honor.

¿Qué debía hacer? Obtener honores y dinero. Con ello podía convertirse en amo del mundo. ¿Cómo escapar de aquella tienducha llena de olores de arenque, aguardiente y manteca? Había oído que en América se podía hacer una vida nueva y distinta. Para emigrar debía obtener permiso y dinero de su padre, quien le negó ambas cosas. Con los pulmones débiles y una voluntad de hierro, este jovencito de 19 años, de regular estatura, delgado y sucio, con un

bastón en la mano y una mochila a la espalda, emprendió un viaje a Hamburgo que le tomó diez días.

En pos del oro de Rusia

Al llegar a Hamburgo tuvo la suerte de encontrar a un armador de barcos, antiguo amigo de su madre. En una ocasión le habló de un brillante puesto en La Guaira, Venezuela. "Al oír esas palabras —escribió más tarde Schliemann—, todas las quimeras de mi fantasía volvieron a adquirir cuerpo; todas las ilusiones de viajes por mar y tierra volvieron a revivir. Tras cuatro años de adormecimiento, la palabra *Guaira* despertó toda mi vida anterior y respondía dispuesto a aceptar aquel destino." Se enroló como grumete en el pequeño bergantín *Dorotea* rumbo a La Guaira. Tras un viaje de dos semanas, el barco naufragó frente a la isla holandesa de Texel; Schliemann fue rescatado y llevado a un hospital, medio ahogado y con múltiples fracturas. Cuando se recuperó, gracias a la ayuda de unos amigos, obtuvo el puesto de mensajero en una oficina, en Amsterdam. "Nada estimula más que la miseria y la certeza de poder salir de ella mediante el trabajo", escribió Schliemann a propósito de esa época de su vida. Vivió en desvanes, helados en invierno, sofocantes en verano, comiendo únicamente mendrugos y queso rancio para poder ahorrar y emplear su raquítico salario en la compra de libros. Estudió idiomas de acuerdo con un método ideado por él mismo, y llegó a dominar inglés, francés, holandés, español, italiano y portugués.

En marzo de 1844, por mediación de un amigo de su familia, consiguió el empleo de corresponsal y contable en la compañía de exportaciones B. H. Schroeder y Compañía. Los dueños quedaron asombrados de aquel joven que sabía siete idiomas. Unos meses más tarde la admiración de sus superiores llegó al colmo al descubrir que el muchacho era un comerciante de hueso colorado, además de honrado y

concienzudo. El propio Schroeder detectó que Heinrich daba pruebas de perspicacia, de agudeza y de previsión, como un banquero experimentado que estudia constantemente la situación económica de todos los países, que lee los periódicos extranjeros y que sigue el curso de la política que puede favorecer o perjudicar a los negocios.

Schroeder lo asciende sin cesar, y al cabo de dos años pone a sus órdenes unos quince corresponsales y le otorga plenos poderes. ¿Aprovechará ahora nuestro personaje su incipiente ascenso en la vida para empezar a gozar? No, vive como un espartano, enviando sus ahorros a su casa, a su padre, a sus hermanos y hermanas.

En 1840 Rusia era casi desconocida para Europa y para el mundo de los negocios. ¿Quién podría aventurarse a ir a San Petersburgo o a Moscú sin ferrocarril, con pésimas condiciones marítimas y peor servicio de correos? Y si alguien decidiera correr la aventura, ¿quién podía hablar ruso?

A los 24 años Schliemann apartó la mirada de América para voltear al Oriente. Como no pudo encontrar en todo Amsterdam un profesor de ruso, decidió utilizar su vieja técnica; contrató a un pobre judío que por cuatro francos a la semanas escuchaba todas las noches sus declamaciones en ruso, pero sin entender una sola palabra. Para evitar que se durmiera, le obsequiaba una taza de té caliente. Pronto pudo conversar, en su lengua materna, con los comerciantes rusos que acudían a Amsterdam a comprar índigo.

Debido a su disciplina férrea, y a la fortuna que le ayudó de manera casi milagrosa, aquel hijo de pastor protestante, aprendiz de tendero, escribiente y ahora joven políglota con ocho idiomas –terminó por dominar 15– se convirtió en comerciante y posteriormente en hombre de gran porvenir, con un camino que parecía conducir sin titubeos a la fama y a la fortuna. En 1846, a los 24 años, la casa Schroeder lo envió como representante a Rusia, donde un año después fundó su propia compañía y adquirió la ciudadanía rusa. En esos momentos Schliemann había olvidado por completo los tesoros con que soñara cuando niño

"No hay nada más aburrido que un viaje de cien millas en trineo descubierto."

en torno al mítico bandolero de su pueblo. Había decidido ir en pos del oro de Rusia en vez del oro de los subterráneos de Ankerschagen.

Se instaló en San Petersburgo como representante de las casas B. H. Schroeder y Cía., de Amsterdam; Anton Schroeder y Cía., de El Havre; A. B. C. Schroeder, de Trieste; St. van Pennep y Cía., de Esmirna; Schroeder y Cía., de Río de Janeiro; G. H. y P. D. Schroeder, de Bremen, y B. H. Schroeder de Hamburgo. Una semana después de haberse instalado, y tras procurarse las más indispensables relaciones, el 7 de febrero de 1846 fue a Moscú, adonde regresó cuatro veces más ese mismo año. Estos viajes los describió así Schliemann en una carta a su padre: "Verdaderamente, no hay nada más aburrido que un viaje de cien millas en trineo descubierto, que dura 46 horas, con una temperatura de 32 a 35 grados bajo cero y con la cara azotada por el viento. En las estaciones de tránsito, el mercurio de los termómetros se queda helado."

En marzo escribió a una casa en Nueva York, con la cual en mayo firmó un contrato para la compra de nitrato chileno por un valor de 28 mil rublos. Pronto estaba desplegando una actividad extraordinaria, lo que motivó que en Amsterdam temiesen su competencia.

Un año más tarde sus jefes se habían convertido en sus colegas, y con tacto admirable Schliemann se transformó de empleado en comerciante próspero. Nunca dejó de ser digno y agradecido, y cuando llegó a adquirir una posición respetable y una fortuna propia lo hizo con el gesto de los grandes señores, sin olvidarse de escribir y enviar regalos a las personas que en sus comienzos le dieron amistad y le brindaron ayuda.

A sus antiguos jefes les pareció que el joven marchaba demasiado de prisa, y le escribieron: "Estas subidas rápidas no suelen durar mucho, y corre el peligro de un naufragio. Reflexión, paciencia y disciplina son las tres palabras que no debe olvidar, y así llegará mejor a conseguir el objeto que se propone."

La reflexión está bien, pero la paciencia no es cosa fácil, y la disciplina menos. Dos años después, Schliemann logró ingresar a la primera corporación mercantil, lo que le valió un crédito bancario de 57 mil rublos. Esto le permitió ampliar sus importaciones sin descuidar el rubro de las exportaciones. No tardó en obtener la confianza de varios negociantes importantes de la ciudad y de sentirse ruso, al grado que hablaba de "nuestro zar".

Una vez que logró mejorar su situación económica escribió a un amigo de la familia de Minna, refiriéndole sus aventuras y rogándole que pidiera en su nombre la mano de su amada. "¡Cuán grande fue mi dolor al recibir un mes más tarde la triste nueva de que Minna se había casado unos días antes de llegar mi carta! Esta desilusión me pareció el golpe más terrible que pudiera asestarme la mala suerte. Me sentí incapaz de trabajar y caí enfermo. Recordaba sin cesar todo lo ocurrido entre Minna y yo en los días de nuestra tierna infancia, todos nuestros sueños y nuestros proyectos maravillosos, cuya realización me parecía imposible. Pero ¿cómo pensar en todo aquello si Minna no iba a tomar parte? ¿Cómo podía el destino cruel quitármela ahora, cuando, después de 16 años de aspirar a ella, creía haberla alcanzado al fin?", recuerda Schliemann en su vejez. Pensaba Schliemann que el dolor por la pérdida de Minna no desaparecería jamás; sin embargo el tiempo ejerció una influencia benéfica en su ánimo y, aunque lamentó durante años esa pérdida, pudo al fin recuperar la calma y dedicarse de lleno a su trabajo.

Un año más tarde, a los 25, conoció a Sophie, una chica a la que describe en una carta dirigida a una de sus hermanas como la "criatura más adorable que se puedan imaginar. . . Y no veo en ella más que virtudes. . . estoy en el paroxismo de la dicha. ¡Qué dulce recompensa después de tantos sufrimientos! Toca el piano maravillosamente y habla a la perfección tres idiomas europeos. . . Sophie es muy económica y podemos llegar a ser muy ricos."

Después de haber sido víctima durante más de diez

años de los disgustos que provocaban las relaciones de su padre con las mujeres, que le repugnaban tanto a él como al resto de la familia, le escribe al expastor en tono respetuoso: "Una simple ojeada me ha bastado para convencerme de que no podría encontrar una mujer cuyas condiciones estuviesen más en armonía con tus buenos consejos y mis propias exigencias que las que reúne mi adorada Sophie. . . ¡Qué hermoso es sentir la convicción de que se tiene una compañera fiel con quien compartir las alegrías y los dolores de la vida!"

Sin embargo, como de costumbre, Schliemann va demasiado aprisa; no ha logrado penetrar en la personalidad de la muchacha y conocer su opinión sobre el bien y el mal, la fidelidad y la infidelidad. Su sentimiento de dignidad, así como sus éxitos, iban en aumento, por lo que también crecía su orgullo. Creía firmemente, como casi todos los hombres geniales, que no podía haber alguien superior a él. Grande fue su desengaño cuando en una reunión, el 15 de noviembre, Sophie prefirió a un militar; esto hizo que se molestara y rompiera con ella.

Dos de sus hermanas se casaron al poco tiempo y una de ellas escribió a propósito de su novio: "Carece de ese apasionamiento propio de los Schliemann." Un día Heinrich le escribe precisamente a esta hermana y le dice: "Quiero que me ayudes a elegir. Estoy ciego. La pasión me venda los ojos. Sólo veo las cualidades de las mujeres, no los defectos." Lo que en realidad desea es que su hermana convierta a una chica rusa llamada Ekaterina en una perfecta ama de casa, que le enseñe recetas mecklenburguesas que a él tanto le gustan y que practique sobre ella un cierto grado de espionaje, para poder informarle si se había equivocado una vez más. Dos años después se casa con Ekaterina.

Schliemann ayuda continuamente a sus dos hermanos, que van creciendo rápidamente. Pablo, el más joven, se pelea con su padre y, cuando apenas cuenta 20 años de edad, se quita la vida.

Luis, el hermano mediano, recibe ayuda de Heinrich tanto en su educación como en su manutención. Sin embargo, heredó una especie de megalomanía e ingratitud. Un día le parecieron muy poco 500 táleros que Heinrich le dio para abrir una tienda, y se los devolvió con frases burlonas. Heinrich le pidió que regresara a su casa y Luis le respondió que no volvería ni muerto, amenazando con suicidarse si no lo hacía su socio; "firmo con mi sangre", decía y, efectivamente, había firmado con tinta roja. Heinrich, desde luego, se negó a acceder al deseo de su hermano.

Un buen día, Luis se fue a América. Primero a Nueva York y después a California, atraído por la fiebre del oro. Cuando hizo algo de dinero, reanudó sus relaciones con la familia y le escribió a Heinrich diciéndole: "Las personas que vienen a este país deben traerse hasta el último céntimo y en un par de meses podrán asegurarse una fortuna. Más adelante me ocuparé de nuestras queridas hermanas. Envíales, si puedes, algo de dinero; este otoño, si Dios quiere, les mandaré yo una cantidad respetable."

¡Qué dulce música para los oídos de Heinrich! Un hermano pobre, un don nadie, que repentinamente empieza a preocuparse por ayudar a sus hermanas. Y él, que disponía de un buen capital, ¿dejaría pasar tal oportunidad? El oro de California fue como un canto de sirenas a través del mar, y decidió acudir a él.

En pos del oro de California

Tres meses más tarde Heinrich se enteró por el periódico de que su hermano Luis había muerto y que había dejado una herencia. En vez de dar la mala noticia a los suyos, les contó que en un sueño vio a su hermano muerto. Más tarde se embarcó con el objeto de buscar la sepultura de Luis y el oro de California. Tenía 27 años cuando llegó a América con 50 mil táleros en el bolsillo; dos años más tarde regresó a Rusia con el doble.

Atraídas por la fiebre del oro innumerables personas llegaron a California, entre ellas Luis y Heinrich Schliemann.

Al noveno día de la travesía que lo llevaba a California, en su vigésimo noveno cumpleaños, una ola gigantesca destruyó la máquina del barco, por lo que éste tuvo que cambiar de ruta, reducir las raciones de los pasajeros y arribar a Irlanda. Tres semanas después de este accidente marítimo Schliemann desembarcó en Nueva York, para más tarde dirigirse a California.

El socio de su hermano le informó que Luis había fallecido por una intoxicación con mercurio y que dejó unos 30 mil dólares, que no aparecieron jamás. Tras largas pesquisas Schliemann encontró la tumba de su hermano y colocó en ella una lápida. Depositó su dinero en Sacramento y viajó a San Francisco, donde el 4 de junio de 1851, en forma milagrosa, escapó del gran incendio que destruyó la ciudad. Posteriormente fundó un banco para comerciar con polvo de oro.

¿Quién es este hombre? ¿Qué circunstancias especiales guían su destino? Está a punto de morir ahogado, escapa de un incendio gigantesco, funda un banco, comercia con oro. . . y todo en un país extraño, a las pocas semanas de haber llegado. De inmediato se siente como en su casa; a los pocos días escribe de "nuestro cementerio" y habla de "nuestra ciudad". Es un hombre enérgico y flexible que se acomoda a su nueva situación como si toda la vida hubiera vivido en ella; su capacidad de adaptación es asombrosa, su poder para enfrentarse a la adversidad es ejemplar.

Desde las primeras horas de la mañana hasta la noche su banco se ve abarrotado de personas de todos los países del mundo; el hablar ocho idiomas le facilita la comunicación y el progreso de sus negocios, con lo que consolida una segunda fortuna, tan cuantiosa como la obtenida en Rusia. "En esa época estaba yo en relación con los más ladinos de los ladinos del mundo entero. Pero como conocía las triquiñuelas de los norteamericanos y antes de salir para California me había perfeccionado en el idioma y consideraba a todos como unos pillos, no he perdido nada, sino que he ganado mucho."

En octubre se enfermó y su médico diagnosticó envenenamiento con mercurio. ¡La misma enfermedad que había llevado a su hermano Luis a la tumba! Sin embargo, se repuso pronto a pesar de que era un individuo de constitución débil que durante su adolescencia había tosido con sangre, en su primer naufragio había sufrido serias fracturas y en Rusia había padecido un severo enfriamiento a consecuencia de sus viajes en trineo abierto. Mientras su padre, de constitución hercúlea, ve pasar tres generaciones, el hijo, de constitución débil pero carácter sobrehumano, sostiene a esas tres generaciones.

En octubre de 1852 se casa con Ekaterina, una chica rusa fea, flaca y fría que no lo ama y a la que sólo le interesa su fortuna. Al año y medio de casados Schliemann le escribió en los siguientes términos: "Querida esposa: rodeado y adulado desde mi más tierna juventud por gentes afectas a mí por intereses materiales, hace mucho tiempo que sentía el deseo ardiente e irresistible de unir mi vida a un ser con el que pudiera compartir la dicha y la desgracia, las alegrías y los sufrimientos. En el momento en que llegué a crearme una posición pensé en ti como la realización de mi ideal. Pero la realidad ha venido a desvanecer mis esperanzas. Tú no me amas, y por eso no tomas parte en mi felicidad y miras con indiferencia mis alegrías y mis pesares. Sólo piensas en satisfacer tus caprichos y tus deseos, te rebelas contra mí a cada paso, reprochándome crímenes que únicamente existen en tu imaginación y ante cuyo recuerdo me echo a temblar y se me eriza el cabello."

Excitado por la indiferencia, la frialdad y quizá hasta el odio de su esposa, le arroja al rostro las mismas frases ásperas, con lo cual hace cada vez más difícil la reconciliación. Además, escribió a su cuñado: "Indignado por los reproches injustificados de mi mujer, cuya violencia estoy soportando constantemente desde hace dos años, le respondí groseramente que la encerraría en un manicomio si volvía a repetirse el escándalo de la noche anterior. Mi desgracia es que la amo como un loco y estoy desesperado

al ver su indiferencia. Si no fuese así, me importaría muy poco su conducta, pues puedo tener a mi disposición miles de mujeres."

En pos del oro de Crimea

Durante la guerra de Crimea que libró Rusia contra ingleses, franceses y turcos entre 1853 y 1856, estaban bloqueados todos los puertos rusos, por lo que había que enviar las mercancías a los puertos prusianos de Königsberg y Memel, y desde allí trasladarlas por tierra a su destino en Rusia. Schliemann había enviado en dos barcos cientos de cajas de añil y otros productos que debían ser llevados de Memel a San Petersburgo; sin embargo, la noche del 4 de octubre de 1854, estando sus mercancías aún en este puerto, hubo un incendio espantoso que destruyó toda la ciudad. Al enterarse Schliemann de la noticia, acudió de inmediato al puerto donde sólo encontró ruinas. Interrogó a su agente en Memel, quien se limitó a señalarle el depósito en llamas.

Fue un golpe muy duro para Schliemann. Después de ocho años y medio de trabajo sobrehumano en San Petersburgo, Moscú y California, había llegado a amasar dos grandes fortunas, que ahora había perdido en un instante. Pronto recuperó la calma, se consoló por el hecho de no tener deudas, y pensó, además, que los Schroeder le abrirían un nuevo crédito con el cual en poco tiempo recuperaría lo perdido.

Por la tarde de ese mismo día, a punto de abandonar las cenizas de Memel y dirigirse a San Petersburgo, se enteró de que el único que no había perdido sus mercancías en aquel trágico incendio era él, debido a que cuando llegaron sus barcos el almacén estaba lleno, por lo que construyeron para sus productos un cobertizo provisional que escapó del incendio debido a los vientos que soplaron ese día. No es fácil soportar sin lágrimas el paso de una

honda pena a una gran alegría: Schliemann permaneció unos minutos sin habla; todo le parecía un sueño.

Eso le permitió vender las mercancías en forma más ventajosa. Empleó el dinero obtenido una y otra vez, haciéndolo producir cada vez más en grandes operaciones comerciales, comprando índigo, palo de Campeche, y materiales de guerra. Mientras los grandes inversionistas tenían miedo de embarcarse en cualquier empresa, él no dejó de trabajar durante la guerra de Crimea, con lo cual amasó una tercera gran fortuna, respaldada por importantes inversiones en té y otros productos.

Romance con el idioma griego

Siempre había deseado aprender griego, pero no le parecía prudente hacerlo por temor a perderse en el encanto de esa lengua maravillosa, lo que podría llevarlo a descuidar sus actividades. Durante la guerra de Crimea estuvo tan ocupado que no tuvo tiempo de leer los periódicos y menos aún libro alguno. Al llegar las primeras noticias de paz, en enero de 1856, decidió no reprimir más su anhelo y se dedicó de lleno al estudio. Sus maestros fueron Nikolaos Pappadakes y Theocletos Vimpos, con quienes hizo una estrecha amistad. En seis semanas logró dominar el griego moderno y tres meses más tarde pudo leer el griego antiguo. Durante los siguientes dos años se dedicó en forma casi exclusiva a la literatura griega antigua, leyendo prácticamente a todos los clásicos y muy en particular a Homero. Mientras tanto, sus negocios continuaban creciendo en forma muy favorable. En el verano de 1858 reanudó el estudio del latín, después de haberlo abandonado durante casi 25 años. Posteriormente aprendió danés, sueco, noruego, y polaco.

La técnica que utilizó para aprender todos estos idiomas fue siempre la misma. Un especialista en lenguas orientales, al que se consultó posteriormente acerca de la

Atenea, la diosa de la inteligencia, también era representada con la imagen del búho.

técnica desarrollada por Schliemann, dijo: ". . . Valiéndose de un trabajo hasta cierto punto mecánico, con una memoria inaudita y procedimientos mnemotécnicos suyos, consigue los más sorprendentes resultados. Comenzaba por hacer ante el profesor una lista de palabras elegidas a su gusto y con las cuales formaba unas cuantas frases. Las escribía copiando letra por letra y se las aprendía de memoria. Después hacía otra lista y componía otras frases sirviéndose como ejemplo de las primeras y las hacía corregir por el profesor. Ayudándose luego con el diccionario, aumentaba la colección de frases, haciéndolas cada vez más largas y complicadas."

De este modo, y gracias a una memoria privilegiada, llegaba en poco tiempo a aprender un enorme caudal de palabras del nuevo idioma, de suerte que en unas seis semanas estaba en condiciones de hablarlo y escribirlo. Se ignora por qué este hombre de gran talento se empeñó en aprender idiomas, algunos de los cuales no iba a practicar jamás.

Crisis financiera

En 1858 Schliemann sufrió una fuerte crisis financiera durante la cual sus oficinas en el extranjero perdieron más de 450 mil táleros. Esta catástrofe determinó que aborreciera los negocios y nombrara un administrador de sus empresas.

A los 37 años hizo por primera vez un viaje de placer durante el cual visitó Suecia, Dinamarca, Alemania y Egipto, para lo cual aprendió árabe. Recorrió el Nilo hasta la segunda catarata y llegó a La Meca, sitio prohibido para el hombre occidental, por lo cual se disfrazó de árabe, mostrando gran temeridad, amor a la ciencia y afición a las aventuras, así como plena confianza en su genio lingüístico, ya que de ser reconocido hubiera pagado con su vida tal atrevimiento. Posteriormente viajó a Jerusalén, Petra y Siria. En el verano de 1859 visitó Esmirna, las Cícladas y Atenas. Cuando estaba a punto de salir rumbo a Ítaca se enfermó,

lo cual, aunado a las noticias de problemas con un cliente, motivó su regreso a San Petersburgo, donde al poco tiempo mejoraron su salud, sus negocios y su estado de ánimo. De octubre de 1860 a marzo de 1864 sus negocios e inversiones prosperaron enormemente.

El oro se acumulaba a su alrededor en cantidades superiores a lo jamás soñado por él. Con el oro aumentaron, asimismo, la influencia, los honores y la posición. En la primavera de 1864, a los 41 años de edad, traspasó su negocio a la empresa Sterski y Compañía y se alejó de Rusia. Le hubiera encantado continuar viviendo allí; sin embargo, tres factores influyeron en su decisión de abandonar los negocios para siempre: temor a una nueva crisis, amor a la ciencia y al estudio, y problemas matrimoniales.

En diez años de matrimonio, Ekaterina le había dado a Heinrich un hijo (Sergeiev) y dos hijas (Natasha y Nadja); el primero voluntariamente, y las dos últimas arrancadas a la fuerza. Las desavenencias en su matrimonio no venían de la diferencia de nacionalidad, pues él era un hombre internacional, ni del medio socioeconómico, pues Ekaterina pertenecía a su misma clase social; ni siquiera de la diferencia de caracteres, dado que, a fin de cuentas, Schliemann era bastante tolerante. Pero para ser esposa de Heinrich hubiera sido preciso amarlo y compartir con él sus ideas y sus aventuras. Ekaterina, sin embargo, era fría, lógica, clara, sin mucha fantasía.

Nuestro hombre en México

Con el propósito de alejarse de los negocios y de su familia, en abril de 1864 decidió ver algo más de mundo, por lo que viajó a Túnez, Cartago, India, Egipto, Ceilán, Madrás, Singapur, Java, Saigón, China y Japón, desde donde se embarcó al otro lado del Pacífico para ir a California. Durante la travesía, que duró 50 días, escribió su primer libro: *China y Japón*. Desde California viajó a los estados

del este de los Estados Unidos, para después visitar Nicaragua, Cuba y México.

Impulsado por la fuerza de la costumbre, en La Habana compra y vende acciones bancarias y en México contacta a Jacob P. Leese y más tarde a J. S. Howland. Éstos le proponen desarrollar un negocio de orchilla en Baja California y Sinaloa, donde este liquen con propiedades tintóreas crecía en abundancia. Schliemann se debía comprometer a aportar dinero y contactos en Estados Unidos y Europa; Leese y Howland se comprometerían a conseguir mano de obra y permiso del gobierno para extraer y exportar la planta.

Se fundaría una gran ciudad en Bahía Magdalena, Baja California, y otra gran ciudad en Topolobampo, Sinaloa. Ambas funcionarían como puertos de altura; Bahía Magdalena quedaría comunicada con La Paz por medio de una carretera y Topolobampo quedaría unido a Nueva York por medio del ferrocarril.

Schliemann pronto se dio cuenta de que había dificultades para llevar obreros a esa región y abandonó el proyecto. Howland arrasó con la planta, por lo que el gobierno anuló los acuerdos de crear puertos de altura en Bahía Magdalena y Topolobampo.

¡Curioso nexo que existe entre nuestros estados de Baja California y Sinaloa con la Troya de Homero y sus gloriosos héroes!

A su regreso a Europa, las relaciones de Schliemann con su esposa continuaban tirantes, por lo que en vez de ir a Rusia prefirió instalarse en París, solo, pues también estaba un poco distanciado de su padre y sus hermanos, aunque mantenía con ellos una correspondencia cordial. Las relaciones con su padre sufrían altas y bajas continuamente; se insultaban atrozmente en alemán y discutían en latín. Cuando su padre enfermó, a los 83 años, Schliemann hizo todo lo posible para que curara y se cuidara, y una vez que se restableció le asignó una pensión de dos mil táleros.

Matrimonio en las rocas

Así como continúa siendo leal como hijo, sigue siéndolo como marido. Al regresar a París, después de una ausencia de dos años, ordena a su esposa que vaya con los niños a reunirse con él. Es en ese momento que estalla la catástrofe. Ekaterina, que odia a su marido y que aborrece su manía de aprender idiomas, su locura por los viajes, sus arrebatos, sus desapariciones, cobijada por parientes y amigos, le dirige desde Rusia un "no" categórico, pero sin pedir el divorcio por razones materiales y prejuicios religiosos.

Heinrich, cuarentón ya, escribe un torrente de cartas a su esposa y al mayor de sus hijos, Sergeiev. Después de tantos años de matrimonio, Schliemann, que se consideraba favorito de los dioses y que se viera rodeado de las dichas humanas, se deja llevar por la desesperación. Desde París escribe a un alto funcionario ruso, amigo de Ekaterina, a quien le dice ". . . No me obligue a ir a Petersburgo y dar parte a la policía para arrancar a mis hijos de mi propio hogar y llevármelos conmigo, con objeto de darles en Dresden la educación alemana que su madre les niega. . ." A su esposa le escribe: "Acepta la mano que te tiendo desde lejos para reanudar una amistad duradera. Piensa en lo perjudicial que esta desunión es para nuestros hijos y para nuestra fortuna. Si hacemos las paces, perdonaré a tus hermanos todo el mal que me han causado. . . No te preocupes, nunca intentaré besarte. Te amaré únicamente como madre de nuestros hijos, de un modo absolutamente platónico. . . Hazme saber por telégrafo si aceptas la amistad que te ofrezco. Tu telegrama será mi talismán en el viaje a Dresde." Uno de los protectores de Ekaterina escribe a Schliemann: "Todo el mundo aconseja a su esposa que no salga de Petersburgo, que es el único modo de sustraerla al trato inhumano que usted le daría. Usted quiere quitarle a su mujer la única alegría que tiene: sus hijos, a los cuales está unida en cuerpo y alma. ¿Cree usted que esto es obrar en

justicia?" Schliemann continúa con una serie de cartas amenazadoras o suplicantes, sin llegar a resultado alguno.

Ciudadano norteamericano y divorcio al vapor

A principios de 1868 decidió regresar a América con el objeto de convertir en papel moneda bonos norteamericanos, así como para inspeccionar una empresa ferroviaria en la cual poseía acciones. En la primavera de 1869 completó la documentación requerida para adoptar la ciudadanía norteamericana con el nombre de Henry Schliemann, y se trasladó a Indianápolis para obtener un rápido divorcio, aprovechando una reforma de la ley. Al cumplir los 46 años, este comerciante próspero y feliz, favorito de los dioses, genio de las lenguas y de la banca, calculador, intrépido, se pregunta abrumado por la tristeza por qué razón debe permanecer solo. Si fuera mujeriego y jugador, ¡cómo se hubiera estado divirtiendo, con las ganas que tenía y el dinero que poseía! Pero en el fondo no era más que un individuo reflexivo, burgués y sedentario, a pesar de sus viajes y de sus negocios, a quien le agradaba el orden y la rutina. Lo que le faltaba era una compañera, y decidió encontrarla. Desde Indianápolis escribió varias cartas a su maestro de ruso y viejo amigo, Theokletos Vimpos, ahora sacerdote ortodoxo en Atenas, para que le hallara una esposa griega.

Regresó a París, donde, apenas llegar, compró varios edificios y se volvió socio activo de la Sociedad de Arqueología y de otros centros científicos de la ciudad; estudió, escuchó, planeó, se instruyó y, de pronto, se dirigió a Grecia, la Grecia de sus sueños.

Finalmente iba a realizar la ilusión de su vida: visitar el escenario de aquellos acontecimientos que tanto le habían impactado; conocería la patria de los héroes de su niñez: Ulises, Aquiles, Héctor.

¿No parece un cuento que un hombre que ha logrado

los mayores éxitos económicos, que se encuentra en la cima del mundo, abandone todo por ir en pos del sueño de su niñez? ¿Qué hombre se atreve, confiado en la información proporcionada por Homero, a desafiar a la ciencia que había "demostrado" de una vez y para siempre que jamás había existido ningún Homero, ni guerra de Troya, ni siquiera Troya alguna? ¿Quién, haciendo caso omiso de los escritos de los más grandes científicos, prefiere aclarar la duda con el pico y la pala?

Viaje a Ítaca, el Peloponeso y Troya (1868-1869)

En julio de 1868, bajo un ardiente sol, con una temperatura de 42 grados a la sombra, puso pie por primera vez en Ítaca. Allí vivió Ulises con su fiel esposa Penélope, quien aguardó durante veinte años a que regresara de sus maravillosas aventuras en tierras extrañas, narradas en la *Odisea*, obra que empieza con la siguiente evocación: "Cuéntame, ¡oh musa!, quién fue este hombre lleno de astucia que vagó tanto tiempo después de haber derruido la ciudadela santa de Troya. . ."

A las 5 de la mañana del día siguiente, acompañado de cuatro obreros, escaló la cima del monte Aetos, donde mandó cavar en el ángulo norte, ya que allí, según sus cálculos, creía que debía hallarse el magnífico olivo del que Ulises construyera su lecho nupcial y no lejos del cual instaló su dormitorio. Descubrió un basamento, un vaso con cenizas humanas, un cuchillo de sacrificios, una figurilla de arcilla y algunos otros objetos pequeños.

Durante nueve días vivió momentos maravillosos cavando y conviviendo con la gente de la región que lo acosaba con preguntas y gozaba con sus lecturas de la *Odisea*, particularmente con el fragmento donde se relata cómo la reina de Ítaca, ejemplo de mujer virtuosa, reconoce a Ulises, su esposo, después de veinte años de separación debido a la guerra de Troya, y los peligros que tuvo que librar su

Ulises, el más inteligente de los guerreros aqueos, en un grabado de la *Crónica Nuremberg* (siglo xv).

heroico marido en su regreso a su casa. Estos versos maravillosos causaron una profunda impresión en los oyentes, quienes terminaron llorando junto con Schliemann. Aquellos humildes aldeanos, que empezaron de pronto a sentirse descendientes del gran rey, le ofrecían a Schliemann amistad y alimentos, sin aceptar dinero a cambio.

Después de visitar y cavar en Ítaca, viajó al Peloponeso, bellísima península de Grecia, rica en historia. Allí visitó Micenas, ciudad a la que cantaron los poetas de la antigüedad, donde vivió el rey Agamenón, hermano de Menelao, rey de Esparta, cuya esposa Helena fue robada por el príncipe troyano Paris, hecho que dio origen a la famosa guerra entre griegos y troyanos.

Al visitar las ruinas de Micenas, Schliemann pudo contemplar las murallas de la ciudadela y la tumba de Agamenón. Después de estudiar el área, determinó que las tumbas reales y sus fabulosos tesoros debían encontrarse dentro de la ciudadela y no fuera de ella, como pensaba la mayoría de los arqueólogos e historiadores. Debido a que no tenía permiso para cavar, viajó a Tirinto, que se encuentra a pocos kilómetros de distancia, donde vivió el famoso héroe legendario, Hércules. Posteriormente visitó Nauplia bellísimo puerto del Peloponeso, que fue sitio de múltiples batallas en la época medieval, de la cual aún quedan maravillosos fuertes construidos por los cruzados, y puerto de capital importancia hasta la primera guerra mundial. De Nauplia partió al Pireo, el puerto más importante de la Grecia actual, localizado a escasos 20 kilómetros de Atenas y conectado con ella por un eficiente trenecito que hace el recorrido en 15 minutos. El 6 de agosto de 1868 se embarcó en Pireo rumbo a Constantinopla para allí dirigirse a la región donde la tradición ubicaba a Troya, si es que ésta alguna vez existió.

La mayoría de los arqueólogos que habían visitado el lugar sostenían que Troya se encontraba en una colina del pequeño pueblo de Burnabashi, en la actual Turquía. Uno de los principales motivos que los impulsaba a creer que

allí hubiera existido realmente Troya era que había dos manantiales similares a los descritos por Homero (canto XXII de la *Ilíada*, versos 147 a 152): "Allí brotaban dos fuentes rumorosas de las que nacen dos riachuelos afluentes del turbulento Escamandro. De una mana siempre agua caliente, como el humo del fuego ardiente; la otra está siempre fría como el granizo, incluso en verano, y en invierno arrastra trozos de hielo."

Schliemann contrató a un guía, montó un caballo sin riendas ni silla y recorrió la región de sus sueños de juventud.

"Confieso —escribe Schliemann— que me costó trabajo dominar mi emoción cuando vi ante mí la inmensa llanura de Troya, cuyo aspecto ya había soñado en mi primera infancia."

Su profundo conocimiento de la obra de Homero y su gran capacidad para observar y analizar, le hicieron pensar que aquel lugar no podía ser el sitio donde se encontraba la antigua Troya, ya que estaba muy alejado de la costa —a tres horas de camino—, cuando de acuerdo con Homero los soldados griegos viajaban varias veces al día de sus barcos al palacio de Troya.

Después de estudiar el emplazamiento de las fuentes contó cuarenta de ellas; por ello los aldeanos llamaban al lugar *Kirk Gios*, es decir "los cuarenta ojos". Según Homero, una fuente tenía agua caliente y la otra agua fría. Schliemann con su termómetro encontró en todas la misma temperatura de 17.5° C.

Leyó los versos de la *Ilíada* donde Homero narra la lucha de Aquiles contra Héctor, bajo la mirada de los dioses, y cómo corrieron tres veces alrededor del palacio de Troya. Al recordar Schliemann el camino descrito halló una pendiente tan empinada que tuvo que subir por ella a gatas. Convencido de que la narración de Homero era una verdadera descripción militar, descartó la posibilidad de que los héroes de la batalla pudieran haber subido por la pendiente de 60 grados hasta tres veces, corriendo.

Después de recorrer el camino entre la colina de

Burnabashi y las costas donde se decía se habían guarnecido los barcos griegos, y de hacer unos cálculos, observó que de haber estado Troya en aquel lugar, los griegos hubieran recorrido durante el combate 84 kilómetros en nueve horas.

"Sin embargo —escribe Schliemann— como el emplazamiento de Troya en los altos de Burnabashi cada vez tenía más adeptos, que creían ciegamente en ella y que hablaban de ella como si se tratase de un dogma, consideré que era mi deber realizar excavaciones en aquel lugar, en interés de la ciencia." En agosto de 1868 Schliemann cavó en aquel sitio, ayudado por cinco peones, sin encontrar indicio alguno de que hubiese estado habitado en la antigüedad.

A dos horas y media de camino al norte de Burnabashi, y a sólo una hora de distancia de la costa, entre las ruinas de Nueva Ilión, ahora llamada Hissarlik, Schliemann encontró suficientes evidencias para suponer que allí estaba enterrada la antigua Troya, la Troya de Homero.

Hissarlik, que significa *fortaleza* en turco, era una colina que presentaba el aspecto de una meseta en la cual se apreciaban numerosos restos de murallas antiguas. Ya en 1822 el inglés Charles MacLaren había escrito que la llamada Nueva Ilión, emplazamiento de la época helenística y romana, se encontraba edificada sobre la antigua Troya. Dicha tesis era compartida por Frank Calvert, vicecónsul norteamericano, inglés de nacimiento y dueño de una mitad de la colina de Hissarlik, donde había realizado algunas excavaciones que le habían llevado a la misma hipótesis, pero sin profundizar más sobre el tema.

Dejando a un lado la erudición, contempló el paisaje y exclamó ". . .puedo añadir que apenas se pisa la llanura de Troya, queda uno asombrado por la hermosura de la colina de Hissarlik, que por su naturaleza estaría predestinada a sostener una gran ciudad con su ciudadela. En efecto, esta posición, hallándose fortificada, dominaría toda la llanura de Troya y en todo el paisaje no hay un solo punto que se pueda comparar con éste; desde Hissarlik se

ve también el monte Ida, desde cuya cima Zeus dominaba la ciudad de Troya."

¡Cuántos viajeros fueron atraídos por esta región para contemplar el campo de batalla entre dos formidables héroes: Aquiles y Héctor! Sin embargo, sus investigaciones fueron superficiales, sin ahondar en el terreno. Schliemann, por su fe en Homero, siempre estuvo convencido de que con una excavación a fondo se podrían poner ante los ojos de toda la humanidad las ruinas del mundo homérico... Esta gran tarea por resolver hizo que se entusiasmara y que decidiera escribir un libro en que relatara sus experiencias. Su obra *Ítaca, el Peloponeso y Troya* lo hizo merecedor del título de doctor en filosofía por la Universidad de Rostok, en Alemania.

Schliemann en busca de esposa griega

En 1870, a los 47 años de edad, Heinrich Schliemann, ya divorciado de su esposa Ekaterina por las leyes de Estados Unidos, decidió buscar a la mujer que le daría la felicidad que no conocía. La que le acompañaría a sus aventuras en Troya. La que le daría un hijo. Había decidido que esa mujer, la mano de Dios en sus hombros, debía ser griega, ¡su tesoro griego!

Era el momento de viajar a Colonos, un pequeño poblado cercano a Atenas para visitar a su profesor y amigo Theokletos Vimpos, a quien le había pedido que le buscara a una esposa griega. Vimpos pensó en su prima Sofía Engastrómenos, y así se lo comunicó a Schliemann.

Schliemann llegó a Colonos un par de meses después de la graduación de Sofía en la escuela secundaria. Sofía era una chica de 16 años con la serenidad y belleza clásicas de la mujer griega, hija de Georgios y Victoria Engastrómenos. Era alegre y afable, pero al mismo tiempo orgullosa y llena de confianza en sí misma.

La familia Engastrómenos había sufrido un revés en los

negocios y se encontraba al borde la quiebra, por lo que el matrimonio de su hija con el multimillonario alemán representaba la respuesta a todas sus plegarias.

Sofía estaba enterada de todo y había consentido en el matrimonio sin reserva. "Los matrimonios arreglados son los mejores", decía la tradición griega. Así se habían casado tanto su madre como su hermana mayor, Katingo, y ambas eran muy felices en su matrimonio.

Al llegar Schliemann a Atenas, se instaló en el Hotel D'Anglaterre, sobre la plaza Sintagma, frente al palacio real. Desde que se supo que estaba allí para encontrar esposa griega su suite se convirtió en una agencia matrimonial a la que acudían desde temprana hora las mejores familias de Grecia, para presentarle a sus bellísimas hijas. Sin embargo, después de comprobar todas las alternativas posibles, estuvo de acuerdo con el padre Vimpos en que su prima Sofía era la elegida.

Días más tarde, Schliemann pidió a la familia Engastrómenos la mano de su hija. "Mi estimado señor Schliemann —dijo el padre de Sofía— su proposición nos honra y nos produce una gran felicidad y orgullo que un hombre de sus cualidades quiera casarse con nuestra pequeña Sofía. Confiamos en que habrá de ser feliz con un hombre como usted. Se la entregamos mi esposa y yo con todo nuestro corazón."

"¿Existe alguna objeción a causa de mi divorcio?", preguntó Schliemann a Victoria y Georgios Engastrómenos.

"No, nuestro primo el padre Vimpos nos ha informado que lo acompañó con nuestro obispo, quien examinó los papeles de divorcio y los declaró válidos. Como usted sabe, nuestra iglesia ortodoxa permite hasta tres divorcios."

"Señorita Sofía", dijo Schliemann, "en presencia de sus padres, le pido permiso para obsequiarle este anillo, y junto con él espero acepte también mi proposición de matrimonio, ya que cuento con la aprobación de sus padres." Sofía aceptó tanto el anillo como la propuesta de matrimonio y se comprometió a acompañarlo a excavar en

Troya tan pronto como recibiera el permiso, o *firmán*, del gran visir turco, primer ministro del sultán.

Más tarde Schliemann nombró al padre de Sofía agente comercial de sus negocios en Atenas, con un magnífico sueldo, y le abrió un amplísimo crédito a fin de que pudiera comprar mercancías en el extranjero; así, el almacén Engastrómenos quedaría muy bien surtido, garantizando el éxito comercial y la seguridad económica de su nueva familia. A doña Victoria le obsequió un bellísimo collar de piedras preciosas que fue la envidia de todos los vecinos de Colonos, y a los hermanos de Sofía les colocó un fondo especial en dólares en el Banco Nacional de Grecia.

La boda de Sofía Engastrómenos y Heinrich Schliemann fue el acontecimiento social más importante en el pueblo desde que Sófocles escribiera *Edipo en Colonos*. Se casaron en la iglesia de San Meletios, hermosísima joya de la arquitectura bizantina, ya que para la religión ortodoxa griega el suceso más importante en la vida de una persona, después de su bautismo, es su boda.

La fiesta fue extraordinariamente alegre. Hubo abundante vino, así como bocadillos típicos y toda clase de los más ricos manjares de la cocina griega tradicional. Nada había escapado a los ojos avizores y previsores de Victoria y Georgios Engastrómenos.

Sofía quedó impresionada al ver que habían asistido más de doscientos invitados, entre parientes y amigos. Sabía lo que aquello costaba, y sabía también que su padre no tenía con qué pagar. Heinrich, al enterarse del problema, esbozó una sonrisa, sacó de la billetera el dinero necesario y lo depositó en la mano de su flamante y bellísima esposa. Ella se levantó sobre la punta de los pies y lo besó.

Después de pasar la noche de bodas en una suite del Hotel D'Anglaterre zarparon del Pireo rumbo a Sicilia, Nápoles, Roma, Florencia y Venecia, para más tarde visitar París. Durante el viaje Sofía aprendió a admirar a su marido y tuvo la convicción de que llegaría a amarlo como su madre llegó a amar a su padre, y su hermana Katingo a su marido.

Desde Mesina Sofía escribió a su familia: "En realidad me preguntó cómo es que Dios me ha dado tanta suerte, y no atribuyo mi felicidad a la gloria, ni a la riqueza, ni a las atenciones que llueven sobre mí, sino a la buena actitud que me demuestra Heinrich. Estoy muy contenta con mi matrimonio, y siempre lo estaré. Rezo para que mi venerada madre no se preocupe por mí." Y cuando Heinrich escribió a los padres de ella, terminó la carta firmando: "El feliz esposo de Sofía."

En París Sofía volvió a escribir: "¿Qué puedo escribirles desde París?; es verdaderamente un paraíso terrenal. Todo me resulta agradable; y más dulce aún es el divino amor entre Heinrich y yo. Siempre nos preocupamos porque cada uno de nosotros logre hacer más feliz al otro."

La familia avisó que los negocios iban muy bien gracias a la intervención de su marido, y que Marigo, su hermana menor, había encontrado un magnífico pretendiente con la dote que Heinrich le había obsequiado. Sofía se sintió feliz por sus parientes y feliz con Heinrich, pues el gesto se había debido a su propia iniciativa.

A mediados de diciembre Heinrich recibió un telegrama de Rusia. Lo había enviado su hijo Sergeiev, de 14 años, desde San Petersburgo: su hermana Natasha, de sólo 12 años, había muerto a raíz de un envenenamiento en la sangre.

Durante tres días y tres noches Heinrich se recluyó en su dormitorio, no comió y lloró. Llegaron las fiestas de año nuevo de 1870, y el cumpleaños de ambos; sin embargo, su estado de ánimo era de tristeza. Como tampoco llegaba el permiso del gobierno turco para autorizar la excavación en Troya, el carácter de Heinrich se tornó irascible.

Sofía sintió añoranza por su familia y su patria, así que le pidió a Heinrich que la llevara de vuelta a Atenas mientras esperaban que llegara el *firmán* desde Constantinopla.

Schliemann le escribió a Frank Calvert, quien era dueño de la mitad del monte Hissarlik, pidiéndole su permiso para cavar allí. Calvert no sólo accedió, sino que utilizó toda su influencia de vicecónsul norteamericano para obtener el

Después de varios intentos por obtener el permiso para excavar en Troya, finalmente el visir le concedió a Schliemann el *firmán*.

firmán que Schliemann necesitaba del gran visir, pero no lo logró.

El 5 de abril de 1870, desesperado, Schliemann decidió ir a Constantinopla y acudir a las autoridades, en contra de la mejor opinión de su esposa. Dos semanas más tarde regresó triste y cansado. No sólo no recibió el permiso sino que fue amonestado por haber iniciado las excavaciones en territorio turco, aunque éste fuera propiedad del señor Calvert.

En agosto de 1870 Sofía se embarazó, lo que le produjó una gran alegría y tranquilidad a Heinrich, a quien, por otro lado, no le faltaban problemas. En enero de ese año había recibido una demanda de parte de Ekaterina, sosteniendo que su divorcio era ilegal y, por ende, su matrimonio con Sofía no era válido. Ekaterina lo amenazó a través del Colegio Internacional de Abogados. Vimpos, obispo de Atenas en ese entonces, analizó el caso, lo llevó al arzobispo y recibió la siguiente respuesta: Schliemann obtuvo la ciudadanía norteamericana sobre la base de un falso juramento; un hombre llamado John Bolan juró que Schliemann había residido en California durante cinco años consecutivos, cuando al presentarse ante un juzgado de Nueva York a solicitar su ciudadanía, sólo había permanecido lapsos cortos en 1850, 1865 y 1869. Por lo tanto su divorcio en Norteamérica, ¡tampoco era legal!

Ante esta situación, Heinrich envió a Ekaterina una nueva propuesta lo suficientemente atractiva como para que no la pudiera rechazar.

Ella aceptó y Schliemann obtuvo el divorcio en una corte rusa. Finalmente este engorroso asunto había quedado resuelto de una vez por todas y, además, su matrimonio con Sofía quedaba dignificado.

Con el propósito de alejar de su mente todos los problemas que lo agobiaban decidió ir nuevamente a Constantinopla a obtener el *firmán*. Regresó varios meses más tarde, el 24 de enero, con las manos vacías después de haberse peleado con el visir. El visir le informó: "Nosotros

compraremos la otra mitad de Hissarlik *para que usted* pueda cavar". Heinrich, con sus seis mil palabras en turco, entendió: "Nosotros compraremos la tierra *para usted* para que así pueda cavar." Una diferencia muy sutil, pero suficiente para causar uno de sus peores arranques de mal genio, lo que condujo a que le rescindieran el convenio.

En Atenas compró el lote más grande en la esquina más importante del centro de la ciudad, a una cuadra de la Biblioteca Nacional. Posteriormente compró varios lotes más, donde más tarde se construyeron el Instituto Arqueológico Francés, el Museo Nacional y la Escuela Politécnica. "Algún día nuestros hijos heredarán una parte considerable de Atenas", le comentó Heinrich a su esposa.

El bebé nació magníficamente; era una niña hermosa que soltaba gritos parecidos a los de Heinrich Schliemann cuando estaba encolerizado.

Heinrich adoraba a su hija y pasaba con ella la mayor parte de su tiempo. Insistió en que debía llamarse Andrómaca, que era uno de los nombres más notables de la prehistoria de Grecia.

En junio Heinrich viajó a Constantinopla, esperando que ahora, con su hija, la suerte fuera diferente. Las semanas pasaron tranquilas para Sofía y su hija Andrómaca. En agosto recibió un telegrama: "Felicitaciones, queridísima Sofía. Tengo en la mano el permiso oficial turco concediéndonos los derechos para comenzar a cavar de inmediato. Te amo y te doy las gracias por tu paciencia y tu ayuda. Trabajando juntos haremos nuestra contribución al mundo civilizado. Tu querido esposo, Heinrich." Las lágrimas brotaron de los ojos de Sofía: abrazó a su hija y la besó una y otra vez y le dijo: "Ahora todo estará bien, hija mía." ¡Y así fue!

Textos de Schliemann

La guerra de Troya

La pugna entre Oriente y Occidente, alrededor de 1200 a. C., había puesto en juego la dominación del Helesponto, la actual Dardanelos. Troya, o Ilión, como también se la conocía, se encuentra en un sitio estratégico, ya que desde allí se podía controlar la intersección de las rutas que unían a Asia con Europa. Una de las rutas era por tierra y conducía del Asia Menor (Anatolia) a las costas de Europa, atravesando la porción más estrecha del Helesponto. La otra era la ruta marítima que unía al mar Negro con el mar Egeo, vía el Helesponto. Troya, por esta razón, era encrucijada entre oriente y occidente, norte y sur. El control de estas vías de comunicación y el cobro por derecho de peaje proporcionó enormes fortunas a los reyes de Troya.

Grecia, ubicada en Europa, deseaba apoderarse de los tesoros de Ilión, ubicada en Asia Menor, por lo que aprovechó el rapto de la bella Helena como pretexto para conquistar aquel reino, dando origen a la famosa guerra cantada por Homero en la *Ilíada*. La historia de la guerra de Troya comienza con el relato de la manzana de la discordia: Eris, diosa de la discordia, resentida por no haber sido invitada a una fiesta del Olimpo, arrojó una manzana de oro entre los invitados con la nota: "Para la más bella", sabiendo

que con ello provocaría una terrible riña entre las diosas Hera, esposa de Zeus, Palas Atenea, diosa protectora de las artes y las ciencias, y Afrodita, diosa del amor. Zeus, padre de los dioses, consiguió hacer entrar en razón a las tres diosas que se disputaban el premio a la más bella, convenciéndolas de que aceptaran la decisión de Paris, cuya belleza era también famosa, y que era hijo de Príamo, rey de Ilión.

Paris se enamoró de Helena pero, al ver que no podía convencerla de que abandonara a su esposo Menelao, rey de Esparta, decidió raptarla y llevarla en su barco a Troya. Al conocerse la noticia del rapto, se levantó una ola de indignación en toda Grecia. Menelao y su hermano, el poderoso Agamenón, rey de Micenas, llamaron a todos los reyes, príncipes y guerreros a unírseles y vengar el honor de Grecia. Sedientos de guerra, todos respondieron al llamado integrando la armada más formidable de la época. Agamenón fue nombrado general en jefe. Una vez reunida la armada en Áulide encontraron que no podían zarpar por falta de viento. Al consultar al oráculo éste ordenó a Agamenón sacrificar a su hija mayor, Ifigenia, a fin de obtener vientos propicios. Cuando se cumplió la orden, los vientos llegaron y las naves zarparon por el Egeo rumbo a Troya.

Cuando los griegos, o aqueos como también se les conocía, llegaron a Troya, situaron sus barcos en la playa, en una ensenada del Helesponto. La lucha entre aqueos y troyanos fue terrible y duró diez años. Héctor era el más valiente de los troyanos y Aquiles el más valiente de los aqueos. Un día, durante la repartición de un botín, Aquiles se enojó con Agamenón y prometió no luchar más en contra de los troyanos. Al enterarse de esto, los griegos, ya desesperados por la situación y sabiendo que Aquiles era insustituible, decidieron regresar. Ulises, rey de Ítaca, les salió al encuentro y les rogó que no abandonaran el campo de batalla. Sus palabras lograron convencer a los aqueos y la nostalgia por su hogar se transformó en ardor guerrero, por lo que se lanzaron de nueva cuenta contra los troyanos.

Sofía Engastrómenos, segunda esposa de Schliemann.

Éstos salieron de la ciudad por la gigantesca puerta principal, la puerta Escea, desde donde Helena observaba las acciones, para enfrentarse a los griegos en batalla campal. Menelao, al ver a Paris, se lanzó contra él haciéndolo huir. Al verlo, Helena se decepcionó y Héctor se molestó. Los griegos sintieron que su campeón había vencido; sin embargo, los troyanos no estuvieron de acuerdo. Se entabló un nuevo duelo, ahora entre Héctor y Áyax, el guerrero aqueo más valiente, después de Aquiles. El duelo duró todo el día, hasta la noche, sin haber ganador ni vencido. Al día siguiente, Patroclo se puso la armadura de Aquiles, haciéndose pasar por él. Héctor se lanzó contra él y lo atravesó con su lanza. Al enterarse, Aquiles decidió vengar la muerte de su amigo, por lo que le pidió a su madre, Tetis, que le mandara hacer una nueva armadura con el dios del fuego, Hefesto.

Aquiles, luciendo su nueva armadura, se enfrentó a Héctor, el cual al verlo se atemorizó y huyó. Aquiles lo persiguió tres veces alrededor de las murallas de la ciudad. Al fin, Héctor se detuvo y se le enfrentó. Aquiles le arrojó una lanza con tal fuerza que atravesó a Héctor de parte a parte.

Príamo, desconsolado, acudió a Aquiles para solicitarle le entregara el cuerpo de su hijo. Aquiles se compadeció del anciano padre y le devolvió el cuerpo de Héctor sin aceptar el rescate que el rey le había ofrecido.

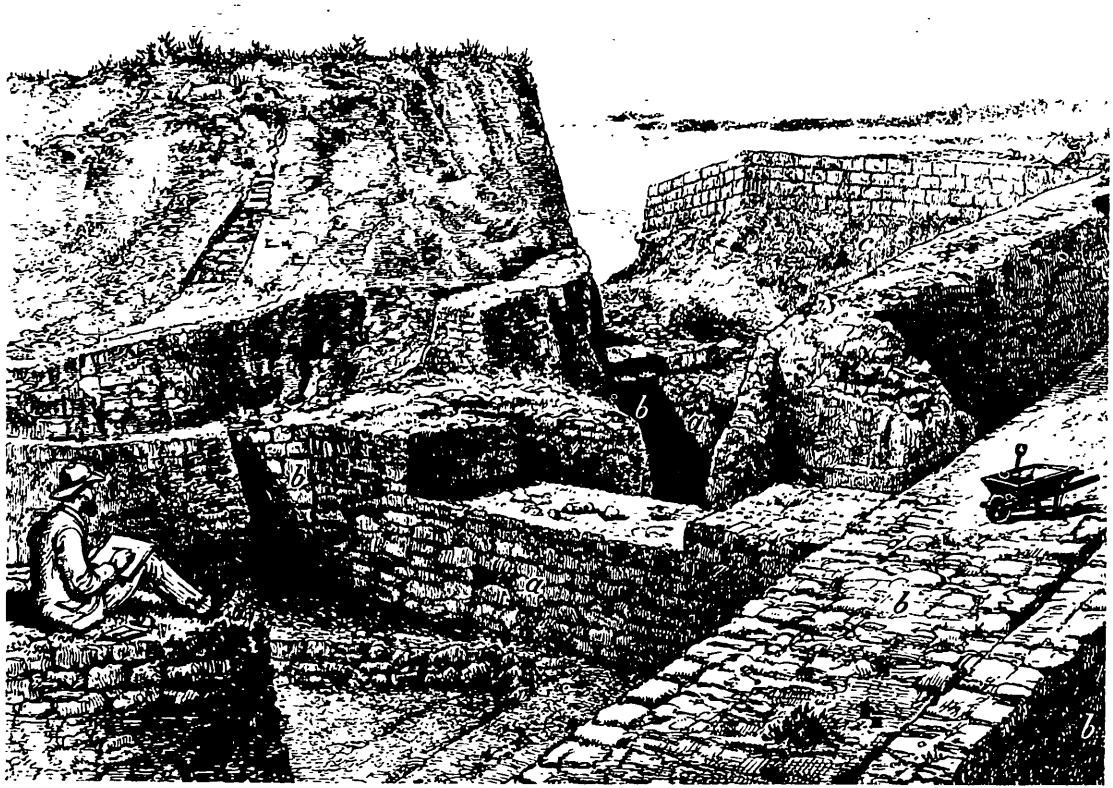
Troya se llenó de lamentaciones cuando Príamo regresó con los despojos de su hijo para incinerarlos en medio de solemne pompa.

Así termina la *Ilíada*; sin embargo, se conservan otros poemas y relatos que cuentan cómo Aquiles fue mortalmente herido por una flecha envenenada por Paris y como éste, a la vez, murió por una flecha envenenada, acabando así la vida del hombre que había causado toda esta hecatombe. Asimismo se describe cómo Ulises construyó un caballo de madera en cuyo interior se encerraron junto con él los guerreros más valientes, mientras los demás fingían

abandonar el país, escondiéndose en una isla cercana. Los troyanos llevaron el caballo de madera a la ciudad y, mientras celebraban su aparente victoria, salieron los guerreros aqueos del caballo, abrieron las puertas de la ciudad para que entraran los demás soldados griegos que ya habían regresado, mataron a todos los habitantes de la ciudad y prendieron fuego a todas las casas. De Troya no quedaron más que ruinas; muy pocos lograron huir. Uno de ellos fue Eneas, hombre valiente y justo que escapó con su padre, ya anciano, y su hijo. Un célebre escritor romano, Virgilio, tomó a este personaje como héroe de su obra la *Eneida*, convirtiéndolo en fundador de Roma para unir el linaje de Troya con el de Italia.

La Tróada

Deseoso de demostrar al mundo que esta descripción de la *Ilíada* era verdadera, y no el producto de la imaginación de un poeta, junto con mi esposa Sofía el 11 de octubre de 1871 iniciamos la primera campaña para explorar la colina de Hissarlik ubicada en la Tróada, que comprende la proyección noroeste del Asia Menor hacia el Egeo y se extiende del golfo de Edermita al Dardanelos y del monte Ida al mar Egeo. De 1871 a 1873 trabajamos un total de 11 meses en la búsqueda de Troya, interrumpidos sólo por el clima, las innumerables



Schliemann en las excavaciones de Troya.

fiestas griegas y turcas que celebraban sus obreros, y la lluvia.

Establecimos inicialmente nuestro cuartel en una choza de barro en la aldea de Siblak, para luego mudarnos a la falda de la colina de Hissarlik. En aquel lugar soplaba mucho el viento y pronto comprendimos que estaba justificado que Homero llamara a la ciudad de Ilión o Troya "la ciudad de los vientos"; en los meses de invierno soplaba de Tracia el gélido bóreas y en el verano la brisa del mar traía algo de fresco y limpiaba la atmósfera de los vapores que ascendían de la llanura reseca por el intenso calor. A corta distancia se encontraban los Dardanelos con la península de Galípoli del lado europeo y Asia Menor en el opuesto. A unos cinco kilómetros de distancia, en línea recta hacia el oeste, se encontraba el mar Egeo. Y también a unos cinco kilómetros, pero en dirección hacia el norte, se hallaba Kum Kale, la última ensenada protegida de los Dardanelos, donde la armada aquea había pasado diez años con las popas de sus naves encalladas en la playa, hasta que derrotaron a Troya y regresaron a

Grecia. Desde la cima alcanzaba a distinguir el monte Ida, donde Paris apacentaba los rebaños de su padre y donde naciera en épocas anteriores el río Escamandro, que junto con el río Simoins y la colina de Troya, delimitaba un triángulo donde se llevaron a cabo todas las batallas de la guerra de Troya. Asimismo alcanzábamos a contemplar los navíos que viajaban por los Dardanelos, desde el Mediterráneo al mar Negro y viceversa, mientras allá arriba, alejados de ese tráfico mundial, nos ocupábamos en desenterrar los testimonios de la historia más antigua de los países clásicos.

Excavaciones en la colina de Hissarlik

Al principio la tarea parecía requerir un esfuerzo sobrehumano: la colina de Hissarlik formaba un óvalo de unos 200 metros de largo por 150 de ancho, con una altura media de 24 metros sobre el nivel de la llanura de la Tróada, con una pendiente muy pronunciada en su vertiente septentrional; en el lado

noroeste existía una pequeña colina de ocho metros de alto que hacía pensar que se trataba de la acrópolis de Ilión.

Para llegar a la base de la colina donde debían estar los monumentos de la Troya de Homero —la acrópolis y el famoso recinto amurallado del rey Príamo, con su puerta Escea— era necesario excavar una zanja a todo lo largo de la colina. Para ello contraté obreros turcos y griegos y un capataz, además del vigilante armenio, que el gobierno turco envió para cuidar que la mitad de lo descubierto fuera entregada a Constantinopla.

La primera y más importante dificultad a que me enfrenté fue el hecho de que las herramientas de trabajo eran insuficientes y de baja calidad, por lo que dispuse que la mitad de los obreros se dedicara a retirar en cestos de paja el material acumulado y la tierra extraída. A pesar de los esfuerzos, los trabajos continuaban avanzando en forma lenta debido a que las laderas de ambos lados de la zanja tenían abundantes matorrales, zarzas, piedras y árboles con ramas punzantes, y no era costeable ni práctico

eliminarlos, ya que más adelante se trabajaría a gran profundidad dentro de la zanja.

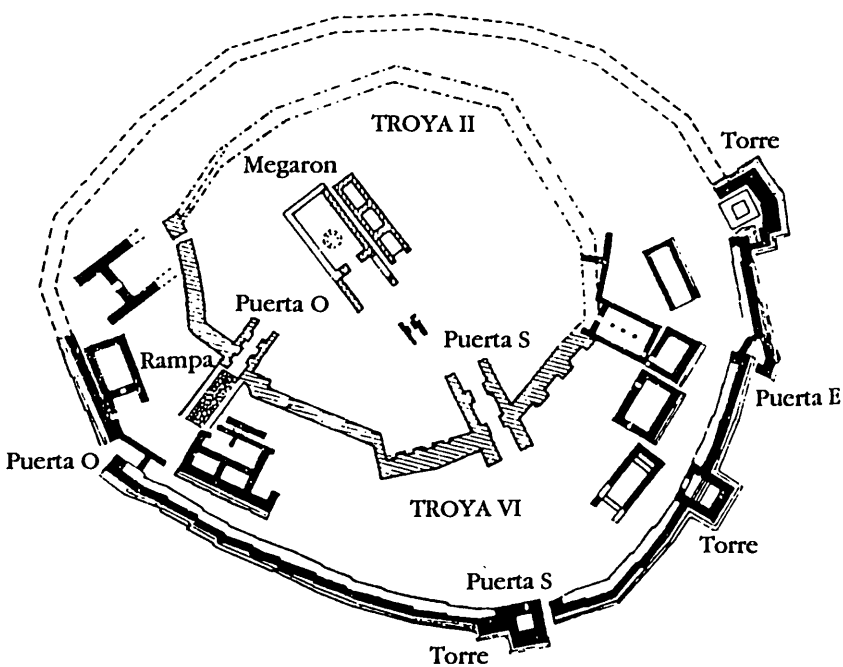
Dadas las múltiples limitaciones que ofrecía la región, había problemas de alimentación, vivienda e higiene. Los alimentos los obteníamos de los poblados vecinos y pagábamos por ellos muy altos precios. Para resolver el problema de la vivienda mandé construir varias casas de madera que posteriormente fueron sustituidas por piedra para mayor protección contra el clima. En relación con la higiene, enviaba a todos a bañarse diariamente al mar y tomar pastillas de quinina para prevenir el paludismo, que era endémico en la zona durante el verano y el otoño. Para los aldeanos, la enfermedad era debida a la descomposición de cientos de miles de ranas bajo el sol al secarse los pantanos durante el verano; pensaban que eso provocaba el *mal-aire*, malaria o paludismo.

A fines de 1871, después de dos meses de trabajo, tuvimos que suspender las excavaciones por la llegada del invierno y con él de las lluvias torrenciales que inundaban el lugar y provocaban lodazales que

La fama de Schliemann se difundió por toda la Tróada rápidamente gracias a su práctica médica que, aunque elemental –quinina, árnica y baños de mar–, parecía cosa de milagro ante los ojos de los aldeanos acostumbrados a ser tratados por el sacerdote del pueblo a base de hierbas, pases mágicos y sangrías.

impedían trabajar. Esto aumentó mis deseos por llegar, por fin —después de tantas desilusiones—, a la meta fijada, así como de demostrar que la *Ilíada* se basaba en hechos reales; que no se debía privar a la Grecia de mis amores de la corona de la gloria. Para conseguirlo, jamás escatimé esfuerzos o recursos económicos.

Durante los años 1872 y 1873 continuamos excavando en Hissarlik. Aumentó el número de obreros, que fluctuaron entre 100 y 150; incrementé el nivel tecnológico de sus herramientas de trabajo (más y mejores picos de metal de manufactura inglesa, así como carretillas con ruedas de hierro, igualmente de origen inglés), y contraté los servicios de expertos consejeros, tal como el del ingeniero francés que realizó el trazado del ferrocarril El Pireo-Lamia, quienes colaboraron conmigo durante cierto tiempo; a la vez establecí una disciplina más firme a fin de obtener un mayor rendimiento de los obreros turcos y griegos apegados a las numerosas festividades de sus respectivos calendarios.



Plano de Hissarlik, según Dörpfeld.

La colina de Hissarlik, similar a una cebolla

Cuando la zanja que estábamos cavando en la cima de la colina de Hissarlik llegó a dos metros de profundidad, tropezó con un muro de piedra de 20 metros de largo por 14 de ancho. Las inscripciones en el muro, así como las armas, utensilios domésticos, joyas, vasos y monedas encontrados, sugerían que se trataba de los restos de una civilización muy rica que probablemente correspondía a la Nueva Ilión. Como debía llegar al nivel donde estuvo asentada Troya, me vi obligado a demoler aquella edificación. Continué cavando y bajo las ruinas de la Nueva Ilión encontré otras ruinas, y debajo de éstas, otras más, ya que aquella colina se estaba comportando como una cebolla a la que le iba quitando una capa tras otra. Y cada una de esas capas parecía haber estado habitada en épocas muy diferentes; en ellas vivieron personas que luego desaparecieron; en ese sitio se habían construido ciudades que luego fueron destruidas por las armas y el fuego. Una civilización había

Cada día traía nuevas sorpresas. Schliemann había ido a buscar la Troya de Homero; sin embargo, él y sus colaboradores encontraron siete ciudades sepultadas una sobre la otra, y más tarde descubrieron dos más. Nueve mundos insospechados, tres mil años de historia de la cual nadie tenía noticia.

surgido después de otra, y cada vez había construido una ciudad sobre los restos de la anterior ciudad.

Sin embargo, ¿a cuál de estas nueve ciudades correspondía la Troya de Homero? Estaba claro que la capa más profunda debía corresponder a la Troya prehistórica, tan antigua que sus habitantes conocían el pedernal pero desconocían el metal, y sus utensilios domésticos habían sido fabricados a mano, pues aún no se inventaba el torno del alfarero. También resultaba obvio que la capa más a flor de tierra tenía que ser la más reciente, la de la Nueva Ilión, una de las ciudades griegas que existieron durante los tiempos de Jesucristo.

Yo excavaba y reflexionaba. En la penúltima y antepenúltima capa encontré huellas de incendio, restos de una fortificación sumamente poderosa y vestigios de una puerta gigantesca de doble hoja. Después de meditar, decidí que aquellas fortificaciones eran las que rodeaban el palacio del rey de Troya y aquella gigantesca puerta era la famosa puerta Escea.

Encontré tesoros desde el punto de vista científico y consideré que

debía protegerlos de posibles ladrones. Para impedir el saqueo, hice correr la voz de que Jesucristo visitó la zona y subió por sus calles. Para darle mayor credibilidad al rumor, ordené poner una imagen de Cristo en un muro.

Mostré mis hallazgos al director de la Escuela Arqueológica Francesa en Atenas, a fin de que los valorara, con lo cual paulatinamente se fue perfilando la imagen de una época lejana, de un rompecabezas en el cual poco a poco iban encajando todas las piezas perfectamente.

Todos los hallazgos representaban un inmenso triunfo para la ciencia y para Homero. Lo que hasta entonces fue leyenda y mitología, atribuible a la fantasía del poeta, ahora cobraba vigor al demostrarse de manera irrefutable su existencia.

El oro de Troya

Con mis obreros removimos más de 25 mil metros cúbicos de tierra durante nueve arduos meses de trabajo a lo largo de tres años, y despejamos dos terceras partes de la colina. Tras esa labor pensé que no

tenía objeto continuar excavando, ya que el hacerlo no arrojaría nueva luz a la ciencia, por lo que decidí que el 15 de junio de 1873 sería el penúltimo día de trabajo. Sin embargo, un día antes de dar el último golpe de pico encontré lo que coronaría todo nuestro trabajo con legítimo brillo de oro: el oro de Troya.

Eran las 7 de la mañana de un día caluroso. Estaba convencido de que todo había terminado; sin embargo, por disciplina me puse a trabajar con el rastrillo a escasos metros de aquel muro que atribuía al palacio del rey Príamo. Después de escarbar una capa de escombros de cinco pies de espesor, mis ojos se fijaron en un punto: una especie de escudo grande de cobre, similar a una bandeja ovalada. Después de quitarle el polvo y levantarla cuidadosamente me dirigí a mi esposa y le pedí que despidiera a todos los obreros ya que había descubierto una pila de oro. Sofía rápidamente ordenó *paidos*, descanso, ya que acababa de recordar que era el cumpleaños de su marido. Yannakis, el capataz, les pagó a todos el día completo y les indicó

La excavación permaneció silenciosa, inmóvil. Heinrich y Sofía estaban solos. Después de abrazar y felicitar a su esposa, se dirigieron a investigar lo encontrado.

Máscara de oro, llamada "de Agamenón", que encontró Schliemann en Micenas.

que regresaran a sus hogares a celebrar el fin de semana. Sofía se aseguró de que los guardias turcos oyeran y se fueran con el resto.

Al quitar el escudo de cobre observamos una marmita y un plato de cobre. Luego, resplandeciente con toda su prístina belleza, vimos un botellón globular, de 15 centímetros de altura y 12 de diámetro, del más puro oro. Posteriormente descubrimos una capa de varios objetos de plata: vasos, copones y platos de manufactura estupenda. A un lado de la pila del tesoro encontramos una tira de cobre rematada con dos clavos, lo que nos hizo pensar que se trataba de parte de la cerradura de un cofre cuya madera había desaparecido con el tiempo y donde sus dueños habían guardado el tesoro.

Al continuar explorando descubrimos una llave de 15 centímetros de largo que nos hizo pensar que se trataba de la llave del cofre. Hallamos dagas de bronce, cuchillos y un vaso de plata lleno de joyas de oro de increíble belleza.

Utilizaron el chal de Sofía y la chaqueta de Heinrich para llevar el tesoro a su habitación y allí poder estudiarlo en secreto.

Vimos una banda de oro para sujetar el cabello de una mujer, dos diademas de oro recubiertas de

piedras preciosas, una de 15 centímetros de longitud y otra de 50 centímetros. Asimismo, encontramos 16 cadenas de oro de 10 centímetros de largo cada una con el emblema de la diosa Atenea y un mar de anillos, pendientes, brazaletes y botones, todos de oro puro.

Heinrich puso la diadema de mayor tamaño en la cabeza de su esposa y le dijo: "*Vassilesds* Schliemann. Reina Sofía. ¡Tú eres Helena de Troya!" Posteriormente le colocó brazaletes en las muñecas, pendientes en las orejas y anillos en los dedos.

Este tesoro, el más espléndido que jamás se haya encontrado, era la prueba final para demostrar que habían descubierto Troya, la Troya de Príamo. Finalmente los esposos Schliemann habían ganado la batalla.

Juicio otomano contra Schliemann

¿Qué hacer con aquel tesoro? ¿Compartirlo con el gobierno turco? Queriendo guardar aquel valioso hallazgo para la arqueología, era preciso sustraerlo cuanto antes de la codicia de los obreros, poniéndolo a buen recaudo. Recurriendo a una estrategia sumamente azarosa, los Schliemann decidieron sacar el tesoro de Turquía y, con ayuda del hermano de Sofía, llevarlo a Atenas, donde lo escondieron en una de sus propiedades.

Durante los primeros días de 1874 apareció el libro de Schliemann: *Antigüedades troyanas*, editado en alemán, el cual incluyó esencialmente los informes que había enviado periódicamente al diario *Times* de Lon-

dres desde Hissarlik. Acompañaba al libro un álbum con más de 200 ilustraciones fotográficas, con imágenes de las excavaciones y sus hallazgos, incluidas las famosas joyas de Troya.

De inmediato el Imperio otomano inició un juicio contra Schliemann en los tribunales de Grecia. La legislación turca respecto a los hallazgos antiguos se prestaba a muchas posibles interpretaciones y una de éstas reclamaba la totalidad de los objetos hallados en Troya. Después de varios juicios y apelaciones, el 21 de noviembre de 1872 el tribunal de primera instancia, ante la negativa de Schliemann de permitirles ver físicamente el tesoro, hizo, con base en el libro, una estimación de su valor, la cual alcanzó una suma ligeramente superior a cuatro mil dólares. ¡Cuatro mil dólares por el tesoro más rico jamás descubierto! Schliemann había triunfado una vez más. Pagó los cuatro mil dólares y ofreció una suma similar al gobierno turco para restaurar el museo de Constantinopla, con la esperanza de obtener a cambio un nuevo *firmán* para continuar excavando en Troya. A pesar de que llegó a un arreglo en abril de 1875, no le abrieron las puertas de Troya. Ante la negativa del gobierno turco Schliemann decidió solicitar la autorización del gobierno griego para excavar en Micenas, para lo cual ofreció que el tesoro se quedaría en Grecia y que construiría en Atenas un museo digno para las joyas; sin embargo el permiso le fue negado.

Desesperado, Schliemann viajó a Constantinopla para intentar obtener el *firmán* que le permitiría continuar las excavaciones en Troya. Mientras tanto, Sofía, por su cuenta, se dirigió al nuevo ministro griego de Instrucción Pública, viejo amigo de la familia Engastrómenos, a fin de solicitarle el permiso para explorar en Micenas. En el momento de mayor desesperación de Schliemann, Sofía recibió del gobierno griego el tan esperado permiso que les permitía comenzar de inmediato sus excavaciones en Micenas.

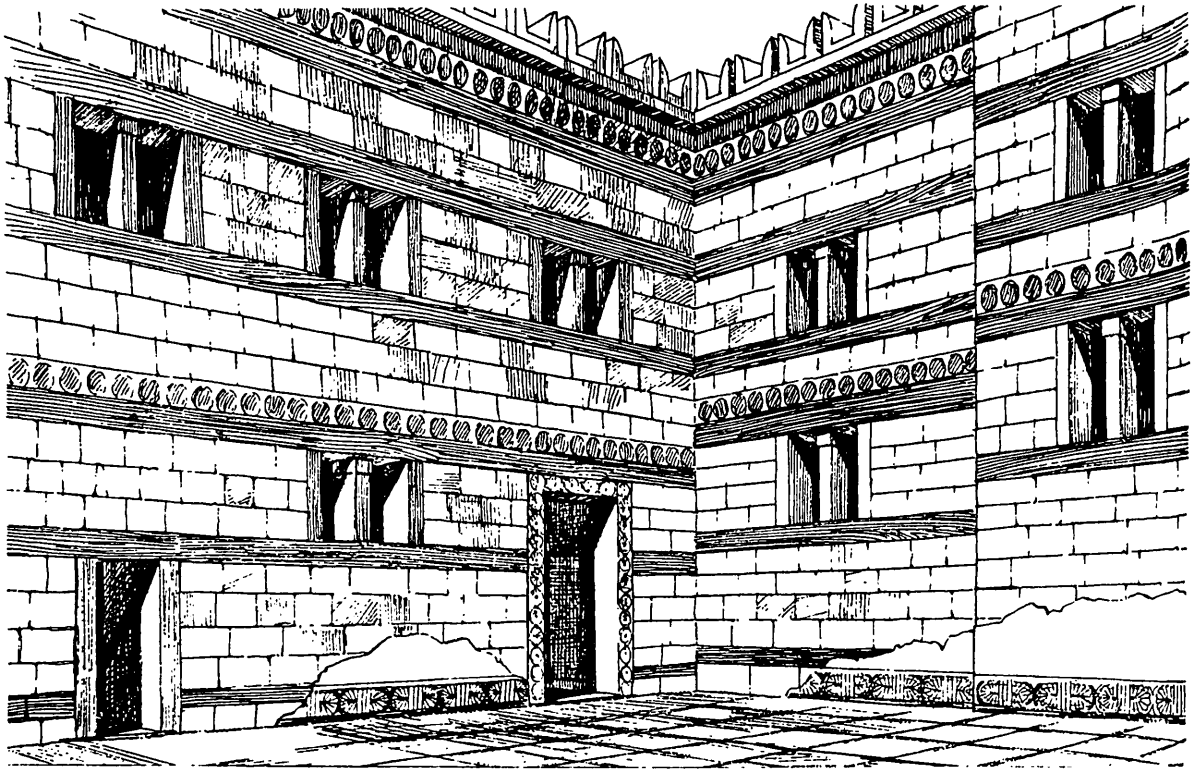
Micenas

No existe en el Peloponeso ni en toda Grecia un lugar tan rico en tradiciones como la Argólida, llanura de escasos 23 kilómetros de longitud, limitada por grandes montañas, en la cual se encuentran las ruinas de Micenas, Tirinto y Argos. Estas ciudades-estado llegaron a su apogeo en la edad de bronce, cuyo último periodo se ha denominado en toda Grecia *micénico*, dada la importancia que tuvo esta ciudad en la región.

El apogeo de Micenas se produjo entre 1400 y 1200 a. C.; sus construcciones más importantes datan del 1350 al 1325 a. C. La Puerta de los Leones –principal entrada a la ciudad–, el palacio y la tumba abovedada llamada "Tesoro de Atreo", fueron construidos en 1250 a. C., aproximadamente, por el legendario rey Atreo, padre de Agamenón, quien fue el comandante en jefe de la expedición griega contra Troya y miembro clave del drama más importante de la antigüedad: el drama de la casa de Atreo. Los sucesos ocurridos en Micenas, contados desde Homero hasta los trágicos (Sófocles, Eurípides, etcétera), han sido reconocidos como el prototipo de lo trágico. Ninguna leyenda del mundo occidental ha impresionado tanto la imaginación de los pueblos como la historia de esta funesta casa real, que va desde Pelops y Atreo a Agamenón, Orestes y Electra, pasando por Helena. Aquel que pudiese descifrar el secreto de los símbolos y de los restos de esta ciudad descorrería el velo del mito más formidable del Mediterráneo, y Heinrich Schliemann y su esposa Sofía estaban decididos a hacerlo.

El drama de la casa de Atreo

Pelops, personaje histórico-mitológico originario del Asia Menor, llegó a la región peninsular de la Grecia antigua



Reconstrucción del sector noroeste del patio en el palacio de Micenas.

conocida como Pelasgotis donde se convirtió en el nuevo rey de la región, a la cual unificó y dio el nombre de Peloponeso, que conserva hasta el día de hoy. Al morir Pelops, sus hijos Atreo y Tiestes disputaron el trono de Micenas, la ciudad más rica e importante del mundo griego antiguo. En el año 1250 a. C., aproximadamente, Atreo fue elegido rey; en venganza, Tiestes engañó a su hermano con su esposa Aerope. Al enterarse Atreo, ordenó la muerte de su esposa así como la de los hijos de su hermano, a quien se los sirvió durante un banquete. Tiestes, horrorizado por aquel terrible acto, maldijo a Atreo y toda su descendencia y acudió al oráculo de Delfos para consultarlo. El oráculo le aconsejó tener un hijo con su propia hija a fin de que fuera quien lo vengara. Tiestes, con engaños, embarazó a su hija, a la que más tarde Atreo tomó como esposa sin saber que se trataba de su sobrina. El hijo de aquella unión incestuosa recibió el nombre de Egisto. Atreo, pensando que Egisto era su hijo, lo amó y educó para que fuera un día rey de Micenas.

Al transcurrir los años hubo en la región una terrible sequía que, según el oráculo, se resolvería con la muerte de Tiestes. Muy a su pesar, Atreo ordenó a Egisto cumplir con la orden del oráculo. Cuando se disponía a hacerlo Tiestes lo reconoció por la espada, le explicó lo sucedido y así, juntos, padre e hijo asesinaron vilmente a Atreo. Con ello, Tiestes pudo ocupar el trono de Micenas.

Al morir Atreo, sus hijos Agamenón y Menelao eran muy pequeños, por lo que tuvieron que esconderse en la corte del rey de Etolia para escapar de la ira de su tío Tiestes. Con la ayuda de Tíndaro, rey de Esparta, Agamenón destronó a su tío y se convirtió en rey de Micenas. Posteriormente Agamenón se casó con Clitemnestra la cual, junto con Helena y los Dióscuros, Cástor y Pólux, era hija de los reyes de Esparta, Tíndaro y Leda. Tíndaro perdonó a Agamenón y lo aceptó como legítimo rey de Micenas. Más tarde, el propio Tíndaro abdicó en favor

de Menelao, a quien concedió la mano de su otra hija, Helena. De esta manera Agamenón y Menelao se casaron con las dos hijas del rey de Esparta. Agamenón tuvo un hijo —Orestes— y tres hijas: Electra, Ifigenia y Crisotemia.

Cuando Paris, hijo del rey de Troya, se robó a Helena, esposa de Menelao, provocó no sólo la ira del esposo burlado sino también la de Agamenón y de todos los reyes y bravos guerreros de la Grecia antigua, motivando con ello la guerra de Troya. El único que no fue a la guerra fue Egisto, hijo de Tiestes, quien se quedó a fin de enamorar a la reina Clitemnestra, hacerla su amante y obtener su ayuda para matar a Agamenón.

Clitemnestra tenía buenas razones para odiar a su marido: había matado a su primer esposo, ocasionó la muerte de su hijo pequeño, se casó con ella a la fuerza, sacrificó a su hija Ifigenia en Áulide a fin de obtener vientos favorables para las naves griegas en su viaje a Troya, estaba involucrado en una guerra que parecía no tener fin y, lo peor de todo, había tomado por amante a Casandra, hija del rey de Troya y hermana del odiado Héctor. Después de mucho pensarlo, Clitemnestra aceptó la propuesta de Egisto, tomándolo como amante y compartiendo con él el trono de Micenas.

Cuando las hogueras encendidas en la colina anunciaron el retorno de Agamenón de la guerra de Troya, Clitemnestra y Egisto le prepararon un banquete de bienvenida al que debían asistir todos sus acompañantes. Agamenón, hambriento y cansado, tomó un baño antes de acudir al banquete, y en el momento de salir Clitemnestra lo envolvió en una red tejida por ella para que el héroe no pudiera defenderse mientras Egisto lo asesinaba con la espada. Los seguidores de Egisto mataron a todos los invitados al banquete, pero escaparon en forma milagrosa Helena, la esposa de Menelao, y los hijos de Agamenón, Orestes y Electra. Años más tarde Orestes y su hermana vengaron la muerte de su padre asesinando a Clitemnestra y a su amante Egisto.

Excavaciones en Micenas

Bajo la vigilancia de la Sociedad Arqueológica Griega, y con la condición de que todo lo que se encontrara quedaría bajo control de las autoridades, pero con derecho a publicar como autor único los informes y las descripciones de los hallazgos, acepté trabajar en Micenas, costeando todos los gastos.

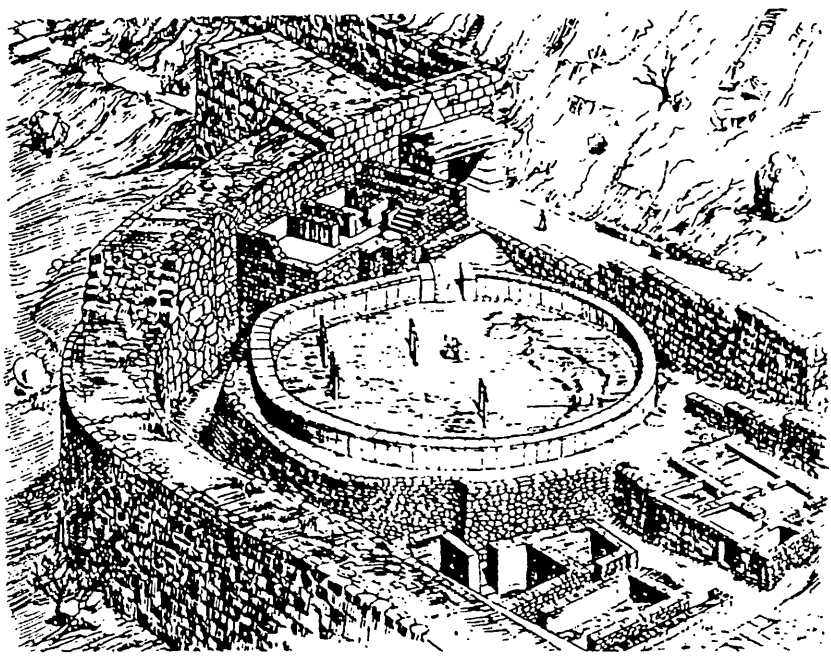
Durante las excavaciones me vi obligado por el convenio con las autoridades a emplear un número limitado de obreros y a determinar con exactitud el lugar de las excavaciones. Los expertos pensaban que las tumbas reales debían encontrarse en el exterior de la ciudad, por lo que me concedieron permiso, tomándome por un aficionado, para explorar dentro del recinto, donde estaban seguros de que no había nada que descubrir. Basado en la obra de Pausanias, del año 170 de la era cristiana, pensé que las tumbas y el oro debían estar dentro de las murallas, en el interior de la ciudadela amurallada. La Sociedad Arqueológica de Atenas nombró un vigilante, un profesional, encargado de apuntar-

lo todo, recogerlo todo y vigilarlo todo.

Pausanias había escrito que bajo las ruinas de Micenas se hallaban las bóvedas subterráneas donde Atreo y sus hijos, Agamenón y Menelao, ocultaron sus tesoros. Asimismo señaló que allí se encontraba la tumba del propio Agamenón y de su servidor Eurimedón, así como la de Pelops; y que la de Electra, Clitemnestra y Egisto estaban a corta distancia de la muralla, ya que se les había considerado como indignos de ser enterrados en aquel lugar donde Agamenón y sus compañeros dormían el sueño eterno.

El segundo punto de trabajo fue la Puerta de los Leones, considerada como el monumento artístico más antiguo del continente europeo. En este sitio la situación fue diferente a la de las tumbas con bóveda. Encontramos abundantes piezas cuya calidad superaba a las de Troya, tanto en las formas como en la ejecución y en la calidad del material. Identifiqué frisos, vasos pintados, imágenes de Hera en barro cocido, matrices de piedra labrada para fundir las joyas, orna-

El 7 de agosto de 1876 Heinrich y Sofía iniciaron los trabajos en tres puntos a la vez. Fuera de la ciudadela, Sofía trabajó en unas tumbas gigantescas con cúpula, las mayores construciones de bóveda conocidas hasta ese momento, cavadas en la ladera de una colina. En 1808 un gobernador del Peloponeso había explorado una de ellas y encontrado un inmenso tesoro, por lo que se la conocía como la "Tumba del tesoro de Atreo". Las excavaciones de Sofía revelaron hallazgos de menor importancia, ya que no encontró ningún tesoro en el resto de las tumbas.



Restauración de las murallas de la acrópolis de Micenas.

mentos de arcilla vidriada, cuentas de cristal de roca y gemas.

El tercer punto donde trabajamos fue en el interior de la acrópolis, donde identificamos una doble hilera de losas de piedra que rodeaba, a manera de cinturón, un círculo de piedra donde encontramos varios monumentos funerarios y un anillo de ónix blanco. Dentro del círculo de piedra descubrimos cinco losas sepulcrales, en cuatro de las cuales figuraban bajorrelieves con motivos de guerra y de caza. Después de estudiar el área y de reflexionar, deduje que el círculo de piedra debía corresponder al *ágora redonda* descrita por Pausanias, y que las losas de piedra que lo rodeaban debían ser el sitio de reunión del consejo, donde se deliberaba, y que por lo tanto en el centro del círculo debía hallarse la tumba del héroe.

En 1954 se descubrió otro círculo similar, fuera de las murallas.

Tras vencer serias dificultades con el Ministerio de Instrucción y con la Sociedad Arqueológica, que trataba de reservarse la prioridad de los descubrimientos, de los que antes se burlaba, continué mis excavaciones en la zona del círculo. Al levantar las losas se comprobó

que estaban apoyadas sobre una capa de tierra que cubría las tumbas propiamente dichas.

Inmediatamente fueron despedidos todos los obreros y se colocó un cordón de soldados en derredor de Micenas. Heinrich y Sofía vivían en un verdadero fuerte. Todo lo que se hiciera de allí en adelante tenían que hacerlo cuatro manos, y como las de Sofía eran las más jóvenes y hábiles, en ella recayó la mayor parte del trabajo. Durante 25 días, de rodillas, rasparon sin cesar, muchas veces con una simple navajita, las capas de tierra que recubrían las tumbas de los reyes.

En 1887 un colaborador de Schliemann descubrió una sexta tumba.

Las cinco tumbas de que hablaba Pausanias las encontramos a distintas profundidades, y junto con ellas los esqueletos de doce hombres, tres mujeres, dos niños y el tesoro más maravilloso de joyas y objetos de arte. Todos los museos del mundo juntos no llegaban a tener ni la quinta parte de lo encontrado en las tumbas reales de Micenas.

En 1878 Schliemann publicó en alemán la obra *Micenas*, la que más tarde fue traducida al inglés. En ella describió ampliamente todos sus hallazgos y mostró a un mundo asombrado la belleza de las joyas encontradas por él y su esposa en la Micenas dorada de Homero.

Anuncié a su majestad Jorge, rey de Grecia, que había descubierto las tumbas que la tradición designaba como sepulcros de Agamenón, Casandra, Eurimedón y sus compañeros, muertos durante el banquete ofrecido por Clitemnestra y su amante Egisto. Asimismo, le señalé a su majestad que había

descubierto objetos de oro puro capaces de llenar un museo, el más bello del mundo, que en los siglos venideros atraería a Grecia a millares de extranjeros de todos los países.

Al morir el día, cuando las sombras de la noche cubrían la acrópolis de Micenas, mandé encender hogueras, como Agamenón había ordenado que se hiciera a su regreso, 2 344 años antes. Hogueras que recordaban la traición de Clitemnestra y su amante. Ahora, tales hogueras servían para impedir el paso de los ladrones que merodeaban las tumbas-foso donde se había encontrado uno de los tesoros más ricos jamás extraídos de la tumba de un rey.

Otra vez Troya (1878-1883)

Cuando abandoné Hissarlik en 1873 esperaba que alguna sociedad científica continuara explorando las ruinas de Troya. Sin embargo no fue así. Por ello decidí hacerlo por mi propia cuenta. Como ya había caducado el *firmán* que me había dado el gobierno turco para excavar en Troya, tuve que conseguir otro, lo cual resultó nueva-

Schliemann no conocía el descanso y la ociosidad; después de terminar una empresa seguía inmediatamente con otra. Así, tan pronto como concluyó sus trabajos en Micenas, reanudó sus excavaciones en Troya.

mente muy difícil. Sin embargo, lo logré gracias a la ayuda que me brindaron el embajador inglés y el embajador alemán, en Constantinopla.

Inicié los trabajos en septiembre de 1878 con numerosos obreros, por lo que tuve que construir varias barracas para todos, así como para almacenar alimentos, herramientas de trabajo y hallazgos arqueológicos. Mientras excavaba en Troya, Sofía exploraba los túmulos o pequeñas colinas de los alrededores buscando tumbas reales. El estudio de las colinas no reveló hallazgo alguno, por lo que concluí que se trataba de cenotafios, tumbas aparentes construidas en honor del difunto, cuyo cádaver, en realidad, había sido enterrado en otro lugar. Ésta era una práctica común en la Grecia antigua. Mientras tanto, las excavaciones en Troya continuaban con magnífico éxito. Logré descubrir la mitad oeste de la ciudad de Troya, la muralla circundante y la llamada "tercera ciudad"; asimismo, terminé de explorar seis capas superpuestas de la colina de Hissarlik a las que designé como las "seis ciudades".

En julio de 1879 terminó el segundo periodo de excavaciones en Troya y Schliemann se trasladó a Alemania donde publicó su obra *Ilión, ciudad y país de los troyanos*. En este libro recogió de manera más ordenada que antes todas las enseñanzas de sus actividades arqueológicas tanto en la ciudad como en el país de Troya. Virchow, científico alemán que avaló sus hallazgos, escribió el prólogo de *Ilión,* en el cual señaló que el buscador de tesoros se había convertido en un científico, que comparaba sus experiencias, tras largo y meditado estudio, con las notas de los historiadores y geógrafos, así como con las fabulosas tradiciones de poetas y expertos en mitología.

Apenas acabó la impresión de su nueva obra cuando, en compañía de Sofía, Schliemann se entregó a explorar la llamada Casa del Tesoro de Minos, en Orcómenes, Boecia, publicando sus hallazgos en 1881.

A los 60 años, en marzo de 1882, Schliemann inició su tercer periodo de excavaciones en Troya, sólo que ahora los resultados cobraron otra fisonomía. Contrató los servicios de Dörpfeld, arquitecto alemán cuya actuación en las excavaciones en el Olimpo había sido sumamente exitosa. Dörpfeld, un robusto Hércules de 28 años, se convirtió en el mejor colaborador de Schliemann, además de su más ferviente defensor, y se encargó de contestar a los enemigos de Schliemann con gran serenidad y conocimiento científico.

Gracias a Dörpfeld se pudieron diferenciar con exactitud las distintas capas de la colina de Hissarlik y se reconoció que la verdadera Troya de Homero era la sexta ciudad, no la segunda, como lo había supuesto inicialmente Schliemann.

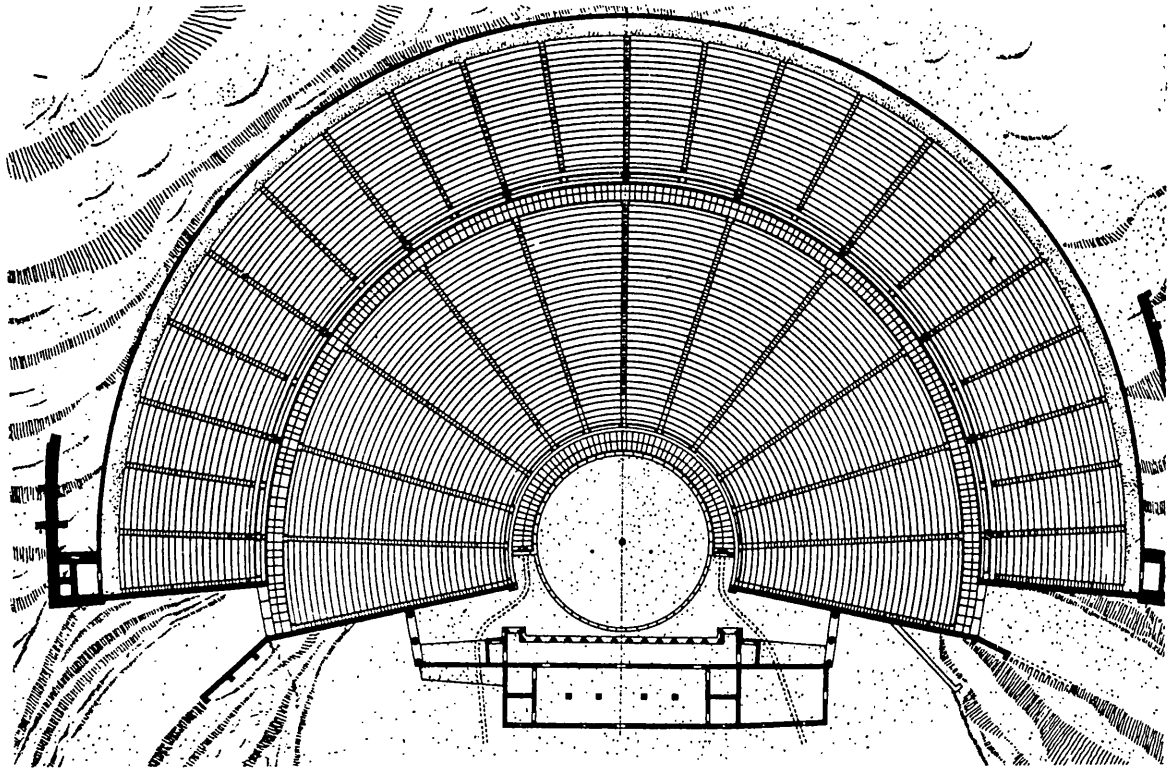
La campaña de 1882 fue particularmente difícil debido a los múltiples obstáculos que puso un oscuro inspector del gobierno turco, al

que se le había metido en la cabeza que el único objeto de aquellos trabajos era trazar los planos de las fortalezas del estrecho de Dardanelos, situadas a una hora de camino de Hissarlik. Nos prohibió terminantemente tomar medidas, escribir notas o hacer croquis. Nos prohibió también copiar o dibujar algo y nos amenazó con llevarnos presos a Constantinopla, cargados de cadenas. El asunto se resolvió por fin y Dörpfeld pudo levantar los planos de Troya y de la llanura de la Tróada.

Schliemann publicó a principios de 1883 el libro Troya, adornado con los planos y provisto de un prólogo de A. H. Sayce, en el cual recogió los resultados de su tercera y penúltima campaña en Troya, con la colaboración de Dörpfeld en varios de los capítulos.

Tirinto

En la llanura de Argos, a escasos kilómetros de Micenas, cerca de la costa del Peloponeso, se alza sobre el valle una colina de 15 metros de altura con enormes murallas, conocidas como ciclópeas, similares a las de Micenas. Allí, en esta terraza rocosa, se encontraba la ciudad de Tirinto donde nació Hércules, héroe legendario víctima del rey de Micenas, quien para deshacerse de él le impuso doce duros trabajos fuera de la región.



Planta de un teatro griego.

Cuando Pausanias visitó Tirinto en el año 170 d. C., la ciudad tenía dos mil años de haber sido destruida por los dorios y aún se conservaban sus murallas, a las cuales aquél comparó con las pirámides de Egipto. Ya desde la antigüedad se consideraba a las murallas de Tirinto como una obra de dimensiones portentosas. Se afirmaba que Preto, un legendario rey de Tirinto, había hecho venir a siete gigantes cíclopes para que las edificaran, y que posteriormente fueron imitadas en otros lugares, como Micenas, por lo cual Eurípides llamaba a toda la Argólida "tierra de cíclopes".

Desde hacía tiempo tenía yo deseos de explorar este lugar. Poco antes de encontrar el tesoro de Micenas había dedicado una semana a estudiar el área. Ahora, en marzo de 1884, llegué a Tirinto acompañado de Dörpfeld y de un contramaestre alemán, en sustitución de Sofía, que por enfermedad se había quedado en casa. Contratamos 70 obreros, y nos llevamos 50 carretillas con ruedas metálicas, 20 palancas de hierro, dos tornos, 50 palas, 50 azadones, 50 hachas y todo lo

necesario para trabajar durante dos veranos. Nos instalamos en el puerto de Nauplia y trabajamos de sol a sol. Los trabajos consistieron en liberar los restos de la antigua ciudadela cuyo emplazamiento era conocido por los científicos desde hacía mucho tiempo; sin embargo, a ninguno se le había ocurrido excavar allí pues creían que las murallas pertenecían a una fortificación de la edad media.

Los trabajos llevados a cabo durante el primer verano liberaron la parte superior y media de la ciudadela, con lo cual se pudo apreciar con toda claridad el palacio, que había sido construido en la época micénica con puertas, sala, recámaras y fustes de columnas. Sus paredes consistían en bloques de dos a tres metros de longitud, por uno de altura y otro de espesor. La base tenía de siete a ocho metros de ancho, y en la parte del palacio donde se encontraba la habitación del príncipe alcanzaba 11 metros, con una altura de 16. El piso del baño estaba formado por un solo bloque de piedra caliza que pesaba 20 toneladas.

En el interior del castillo halla-

mos abundante cerámica y pinturas murales. Inmediatamente encontré gran semejanza entre la cerámica de Micenas y la de Tirinto; incluso señalé su similitud con la de Asine, Nauplia, Eleusis y las distintas islas del Egeo, de las cuales la más importante era Creta.

Todas las estancias del castillo estaban cubiertas de cal y todas tenían pinturas murales en forma de frisos, ribeteados por franjas amarillas y azules que dividían en dos partes las paredes de las habitaciones. Entre las pinturas encontré una muy extraña. En el fondo azul aparecía el dibujo de un toro encima del cual se apreciaba a un hombre saltando, agarrado con una mano a un cuerno del toro.

Años más tarde, sir Arthur Evans descubrió en la isla de Creta el palacio de Knossos donde vivió el rey Minos, y en el cual se identificaron pinturas similares.

Al año siguiente Schliemann dejó que Dörpfeld continuara solo las excavaciones en Tirinto y en 1886 publicaron juntos, en Leipzig, la obra *Tirinto*, en la cual aparecieron sus hallazgos así como los planos de la ciudadela y de los cimientos de sus construcciones; la obra recibió grandes elogios, ya que hasta entonces nadie había presentado el plano de los cimientos de una construcción antigua. El libro continúa siendo hasta hoy una obra clásica difícil de superar. Las excavaciones e investigaciones posteriores del Instituto Arqueológico Alemán han enriquecido y perfeccionado la información, pero no han llegado a sustituir los trabajos de Schliemann y Dörpfeld.

Dibujo de la época de Schliemann que muestra las joyas del tesoro de Príamo.

Schliemann y la ciencia

Como ocurre con frecuencia en el hombre de valía, a las dificultades de tipo burocrático creadas por funcionarios presuntuosos e ignorantes se añaden por parte de los "expertos" polémicas científicas movidas por envidia y rivalidad. Durante seis años Schliemann y Dörpfeld fueron atacados por diversos especialistas, muy particularmente por un vulgar y necio polemista, un capitán retirado llamado Ernst Boetticher quien, sin haber visitado Troya, en una serie de artículos y un libro sostenía que Hissarlik no era más que una simple necrópolis y acusaba a los dos arqueólogos de haber falsificado los planos y de haber destruido en forma intencional diversos objetos que hubieran demostrado su tesis. Esta polémica movió a Schliemann y Dörpfeld a continuar sus trabajos en Troya; además Schliemann invitó a más de cien científicos a visitar las ruinas y constatar la veracidad de sus informes. Después de visitar Troya, prácticamente todos los científicos cambiaron de actitud y firmaron un documento donde se retractaban de sus opiniones previas. Boetticher, que aceptó viajar a Troya siempre y cuando se le pagaran sus gastos, retiró la acusación de falsificación de datos, aunque no rectificó su interpretación. Schliemann y Dörpfeld convocaron a una conferencia internacional de expertos a discutir los informes publicados por el primero. A dicha conferencia acudieron el director del Museo de Berlín, el director de la cátedra de Arqueología de la Universidad de Heidelberg, el director del Museo de Constantinopla, el director de la Escuela Norteamericana de Estudios Clásicos, y muchos otros científicos de fama internacional. Al finalizar, la conferencia internacional analizó toda la información y se pronunció a favor de Schliemann y Dörpfeld; la voz del oscuro capitán Boetticher fue silenciada. Sin embargo continuaron los ataques de él y de otros, por lo que Schliemann convocó a una segunda conferencia internacional, que tuvo lugar a finales de marzo de 1890 y volvió favorecer a Schliemann y Dörpfeld.

Otros de los más fieros oponentes de Schliemann

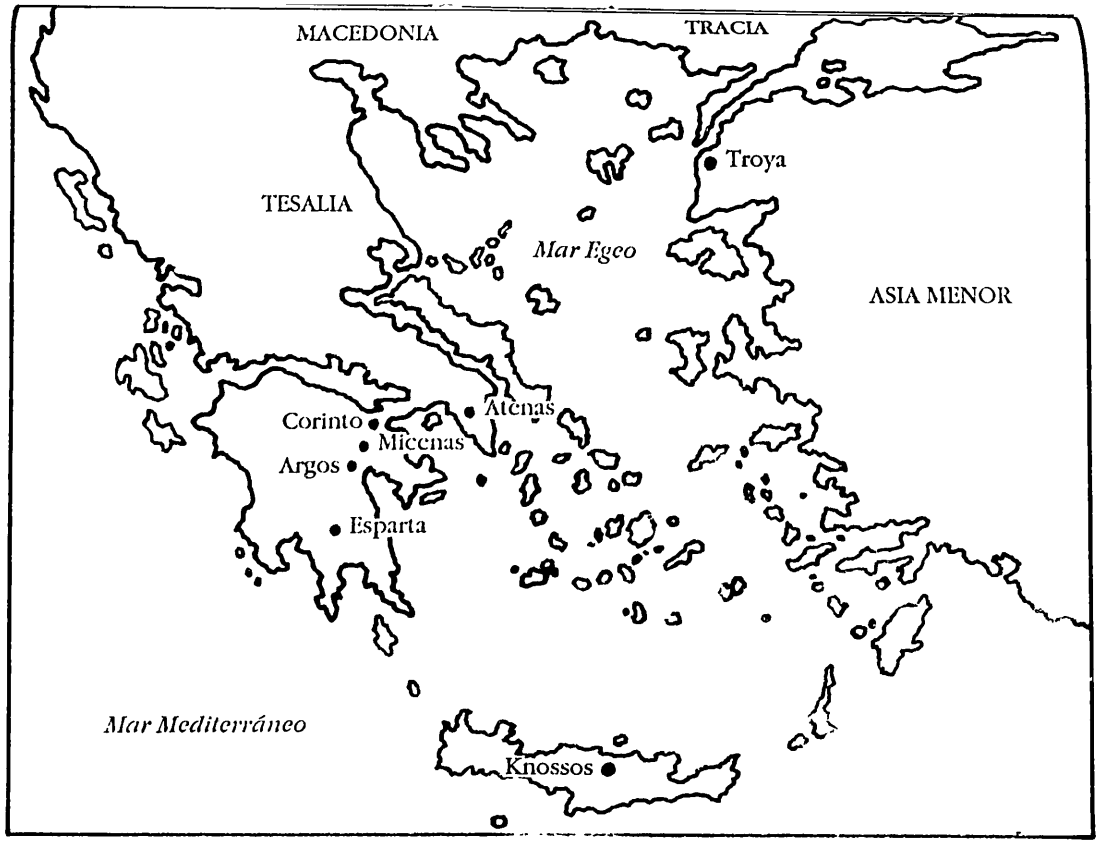
fueron el inglés Penrose y el alemán Stillman, ambos profesores universitarios de gran prestigio, que dudaban de la autenticidad de las ruinas de Tirinto. Para aclarar los hechos y buscar la verdad, la Sociedad Helénica de Londres citó a Schliemann, Dörpfeld, Penrose y Stillman a un debate. Schliemann refutó punto por punto todas las afirmaciones y acusaciones de sus adversarios. El *Times* consideró el debate como una verdadera batalla de héroes, y estimó que Schliemann había ganado nuevos laureles.

Un año después, Penrose aceptó la invitación de Schliemann y, acompañado por Dörpfeld, visitó Tirinto y Micenas. A su regreso a Londres, como buen caballero inglés, no vaciló en retractarse públicamente de sus acusaciones.

Entre sus más fieles amigos y defensores se encontraba el doctor Rudolf Virchow, científico en medicina internacionalmente famoso, padre de la anatomía patológica, profesor de la Universidad de Berlín, líder de la escuela alemana que dominó el mundo de la medicina durante la segunda mitad del siglo XIX, fundador de partidos políticos, revistas científicas y de la primera Sociedad Alemana de Antropología, así como de la Sociedad Berlinesa de Antropología, Etnología y Prehistoria. Virchow no sólo respaldó con su ciencia los hallazgos de Schliemann, sino que le abrió el camino para llevar los tesoros de Troya a Berlín, con la anuencia del emperador Guillermo, el príncipe heredero, el canciller Bismarck y todos los hombres de ciencia de Alemania.

Creta

Los hallazgos obtenidos en Troya, Micenas y Tirinto indicaban que debía existir una relación cultural de origen asiático entre estos pueblos; una civilización que había bordeado toda la costa oriental de Grecia, que había comprendido la mayoría de las islas y que, muy probablemente,



Mapa donde se ubican las principales ciudades de Grecia antigua y de Troya.

se había asentado en Creta. Hoy día a esta civilización se la conoce como cretomicénica. Schliemann había encontrado los inicios y ahora esperaba hallar el pilar del puente que permitió la penetración, desde el Oriente, de la cultura micénica a Grecia.

En marzo de 1883 Schliemann pidió al gobernador de la isla de Creta permiso para excavar, obteniéndolo sin dificultad. El propietario del terreno donde quería trabajar le exigió cien mil francos por venderle todos sus terrenos a la vez, incluido el que le interesaba. Schliemann no aceptó y abandonó la isla. Durante tres años jugó a los escondites con el propietario de los terrenos hasta que en 1886 éste aceptó 40 mil francos por ellos. En el momento de firmar el contrato Schliemann contó minuciosamente los olivos que había en los terrenos, y como halló 886, en vez de los 2 500 pactados, rompió el contrato. Posteriormente los disturbios en Creta hicieron imposible toda empresa.

De este modo, a causa del aceite de 1 614 olivos que un campesino quiso robarle, Schliemann perdió para siempre la joya más preciosa de su gloria. Este fue el único episodio realmente trágico en la vida del buscador de tesoros; allí y en ningún otro sitio se encontraba la clave de todos los misterios que había descubierto hasta entonces sin llegar a descifrarlos por completo. Treinta años después sir Arthur Evans, arqueólogo inglés, descubrió el centro de la civilización minoica al excavar el palacio de Knossos en la isla de Creta, en el mismo sitio que Schliemann había escogido para trabajar.

Últimos días de Schliemann

El 1 de marzo de 1890, después de haber obtenido el *firmán* del gobierno turco, Schliemann inició una cuarta y última campaña en Troya. Los trabajos que realizó junto con Dörpfeld permitieron aclarar mejor la relación existente entre las culturas troyanas y la micénica. El 31 de julio de ese año el calor y lo insalubre del terreno obligaron a Schliemann, de 68 años, a abandonar los trabajos, que programó continuar el 1 de marzo del año siguiente.

Con el propósito de dar al mundo científico una idea clara de lo que habían aportado sus esfuerzos al estudio de la historia antigua de Grecia, y a sugerencia de su casa editora, hizo que el doctor Carl Schuchardt recogiera en forma sinóptica, en un libro excelente, todos sus relatos y sus hallazgos.

El 12 de noviembre, por consejo de su amigo, defensor, colaborador y consejero, el doctor Rudolf Virchow, salió hacia Halle para someterse a una operación de los oídos, que se había hecho necesaria desde hacía ya bastante tiempo. Confiando en su fortaleza abandonó Halle el 12 de diciembre para visitar a su editor en Leipzig, a Virchow en Berlín, sus propiedades en París y los avances de las

excavaciones en Pompeya. Para esto último se instaló en el Grand Hotel de la ciudad de Nápoles, donde le volvió a molestar el oído. A las 10 de la mañana del 25 de diciembre salió a pie a buscar al médico para que le aplicara una inyección similar a la que le había dado el día anterior con buenos resultados. Al caminar por la calle, a una cuadra de la Piazza della Santa Carità, perdió súbitamente la conciencia y fue llevado a un hospital, donde no quisieron recibirlo pensado que se trataba de algún malviviente, ya que no encontraron dinero en su bolsillo debido a que Schliemann acostumbraba llevar un saquito lleno de oro colgado al pecho. Lo trasladaron de regreso al hotel, cuyo dueño era su amigo, y llamaron a un cirujano alemán, el cual diagnosticó que la infección del oído le había llegado al cerebro y que era necesario trepanar. Al día siguiente, 26 de diciembre, mientras el médico discutía con otros seis colegas sobre el manejo del paciente, Schliemann, paralizado de la mitad del cuerpo, se quedó dormido para siempre.

Su viejo amigo Dörpfeld y el hermano mayor de Sofía, Paneghistos, trasladaron el cuerpo de Schliemann a Atenas, donde fue velado el 4 de enero de 1891, en presencia de los reyes, nobles, sabios, Dörpfeld, Virchow y muchos amigos y conocidos. La capilla ardiente del salón de su casa estaba presidida por un busto de Homero. En este último homenaje quedaron unidos el poeta, cantor de la guerra de Troya, y el hombre que, inspirado por su lectura, no descansó hasta sacar a la luz el escenario de aquellas gestas memorables.

Ahora descansa en su tierra adoptiva, donde se le erigió un sepulcro al estilo antiguo. Allí recibe el saludo de la Acrópolis con el Partenón, de las columnas del Zeus Olímpico y, al otro lado del mar, de la cadena de montañas de Argólida, tras la cual se encuentran Micenas y Tirinto.

El mejor juicio sobre la figura y la obra de Schliemann está dado por los resultados de sus excavaciones

y por las perspectivas que con ellas abrió al estudio científico de la antigüedad clásica, corroborado por sus escritos, que permiten situarlo históricamente en la correcta dimensión científica de su época. Las críticas a Schliemann se deben, fundamentalmente, a que se comparan sus trabajos de excavación con las técnicas actuales; sin embargo debe recordarse que con él se iniciaron y después se perfeccionaron las modernas técnicas arqueológicas de la excavación científica.

En aquella época no existía todavía una ciencia formal de la investigación arqueológica, y probablemente ningún arqueólogo de entonces fue tan eficaz como Schliemann en los estudios sobre el terreno. Fue un pionero de la investigación arqueológica que cambió el escritorio y su mullido sofá por el pico y la pala, y su experiencia resultó de inapreciable utilidad para aquellos que lo siguieron.

Dörpfeld, durante las campañas de 1893 y 1894, continuó el análisis estratigráfico de la colina, sirviéndose para ello de los montones de tierra que habían dejado él y Schliemann, como testimonio de su situación. Propuso la existencia de nueve estratos principales a los cuales denominó Troya I a IX, y sugirió que la Troya de Homero correspondía a Troya VI. Cuarenta años más tarde la misión arqueológica de la Universidad de Cincinnati confirmó los conceptos propuestos por Dörpfeld, aunque se señaló que existían al menos 46 sustratos en la colina, ya que algunos estratos principales estaban compuestos por otros menores. Dado que los autores antiguos y modernos sitúan la expedición de los griegos a Troya en el último periodo del mundo micénico (1884 a. C.), hoy se considera que la Troya de Homero corresponde a una de las subdivisiones de Troya VII, probablemente la VIIa.

En Micenas las obras fueron continuadas por la Sociedad Griega de Arqueología. Poco después de la primera guerra mundial, y hasta principios de la segunda, siguió las excavaciones la Escuela de Arqueología Británica en Atenas. En Tirinto las obras fueron continuadas por el Instituto

Arqueológico Alemán, que ha venido trabajando de 1905 a la fecha.

El destino de un tesoro

La colección de Schliemann tenía un valor inapreciable. Se componía de todo el oro de Troya y de una tercera parte de los tesoros de Micenas, Tirinto, Orcómenes y otros sitios. Fue disputada por Grecia, Turquía, Alemania, Rusia, Francia e Inglaterra. Finalmente fue depositada en Berlín, gracias a la intervención del doctor Virchow, el cual logró que Schliemann fuera nombrado miembro honorario de la Sociedad Antropológica y, después, ciudadano de honor de Berlín, al mismo tiempo que el canciller Bismarck.

Durante mucho tiempo las piezas más importantes de su colección estuvieron en el Museo de Prehistoria de Berlín, donde resistieron la guerra de 1914-1918, mas no la segunda guerra mundial. Parte de la colección se salvó del bombardeo ruso y fue trasladada a diversos lugares considerados como "seguros". El tesoro de Troya pasó primero al Banco Nacional de Prusia y luego al refugio antiaéreo del zoológico de Berlín. Ambos lugares fueron totalmente destruidos e incendiados, como lo fue la misma Troya. La mayor parte de las piezas de cerámica pasaron a Schönenbeck an der Elbe, al castillo de Petruschen de Berslan y al castillo de Lebus. De Schönenbeck no queda nada; de Petruschen no hay información, pues pasó a formar parte de Polonia, y el castillo de Lebus fue demolido por el gobierno de la República Democrática Alemana. Una investigación que se llevó a cabo en Lebus reveló que, después de la derrota alemana, los habitantes de la aldea habían encontrado las piezas de cerámica; como desconocían su valor, durante las bodas rompían los insustituibles hallazgos de Schliemann contra la puerta de los recién casados entre alegres gritos y bailes.

Hasta el día de hoy no se han encontrado rastros del tesoro de Troya. Existen diversas opiniones en cuanto a su paradero: se perdió el sitio donde fue escondido, fue bombardeado, confiscado, fundido. . . robado. Aún existe la esperanza de que algún día aparezca y todos puedan admirarlo nuevamente.

Índice analítico y glosario

Aerope: Esposa de Atreo, amante de Tiestes y madre de Agamenón y Menelao.
73
Aetos
37
Afrodita: Diosa del amor, esposa de Hefesto. En la *Ilíada* está a favor de los troyanos.
52
Agamenón: Rey de Micenas y jefe supremo de los aqueos o griegos.
17, 39, 52, 71, 73, 74, 76, 79, 80
Alemania
11, 32, 42, 82, 90, 96
América
18, 20, 25, 36
Amsterdam
19, 20, 22
Anatolia
51
Ankerschagen
13, 14, 15, 22
Aquiles: El más valiente de los guerreros aqueos.
36, 40, 42, 52, 54
Argólida
71, 85, 94
Argos
véase Micenas
71, 83
Asia
51

Asia Menor
51, 55, 57, 71
Asine
87
Atenas
32, 36, 39, 42-45, 47, 48, 65, 69, 70, 94, 95
Atenea: Diosa de la inteligencia, las artes y las ciencias.
52, 69
Atreo: Rey de Argos Micenia, padre de Agamenón y Menelao.
71, 73, 76
Áulide
52, 74
Áyax: El guerrero aqueo más valiente después de Aquiles.
54

Bahía Magdalena
34
Baja California
34
Berlín
89, 90, 93, 96
Bismarck, Otto von: Canciller del Imperio alemán (1815-1896), responsable de la unificación de Alemania.
90, 96
Boecia
82
Boetticher, Ernst: Opositor de Schliemann que lo acusaba de falsear información con respecto a sus hallazgos.
89
Bolan, John: Individuo que ayudó a Schliemann para que éste obtuviera la nacionalidad estadounidense.
47
Bremen
22
Burger, Julia: Madre de Schliemann.
13
Burnabashi
39, 41

California
25, 27, 29, 33, 47
Calvert, Frank: Vicecónsul norteamericano dueño de la mitad de la colina de Hissarlik.
41, 45, 47
Cartago
33
Casandra: Hija de Príamo y hermana de Héctor y Paris.
74, 79

Ceilán
33
cenotafios: Tumbas aparentes, construidas en honor del difunto cuyo cadáver estaba enterrado en otro lugar.
81
Cícladas
32
cíclope: Gigantes mitológicos, hijos de Poseidón, que tienen un solo ojo en medio de la frente.
85
Cincinnati
95
Clitemnestra: Esposa de Agamenón, hermana de Helena.
73, 74, 76, 79, 80.
Colonos
42, 44
Constantinopla
39, 45, 47, 48, 59, 70, 81, 83, 89
Creta
87, 90, 92
Crimea
29, 30
Crisotemia: Hija de Agamenón y Clitemnestra.
74
Cuba
34

China
33

Dardanelos
51, 55, 57, 58, 83
Delfos: Isla griega donde estaba el oráculo, lugar sagrado dedicado a la adivinación.
73
Dinamarca
32
Dióscuros: Cástor y Pólux, medios hermanos de Helena.
73
***Dorotea*:** Bergantín en el que Schliemann se enroló como grumete rumbo a La Guaira.
19
Dörpfeld, Wilhelm: Arqueólogo alemán (1853-1940), especialista en arquitectura y colaborador de Schliemann en las excavaciones de Hissarlik; levantó los planos de Troya.
82, 83, 85, 87, 89, 93-95
Dresden
35

Edermita
55
Egeo
51, 52, 55, 57, 87
Egipto
32, 33, 85
Egisto: Hijo de Tiestes, amante de Clitemnestra.
73, 74, 76, 79
Ekaterina: Primera esposa de Schliemann.
24, 28, 33, 35, 42, 47
El Havre
22
El Pireo
39, 44, 61
Electra: Hija de Agamenón y Clitemnestra. Junto con su hermano Orestes venga la muerte de su padre, matando a su madre y al amante de ésta, Egisto.
71, 74, 76
Eleusis
87
Eneas: Uno de los pocos sobrevivientes de Troya después de la guerra. Protagonista de la *Eneida* de Virgilio.
14, 55
Engastrómenos, familia
42, 43, 70
Engastrómenos, Georgios: Padre de Sofía.
42-44
Engastrómenos, Katingo: Hermana de Sofía.
43, 44
Engastrómenos, Marigo: Hermana menor de Sofía.
45
Engastrómenos, Paneghistos: Hermano mayor de Sofía.
94
Engastrómenos, Sofía: Segunda esposa de Schliemann.
42-45, 47, 48, 55, 66, 68-71, 76, 79, 81, 82, 85, 94
Engastrómenos, Victoria: Madre de Sofía.
42-44
Eris: Diosa de la discordia.
51
Escamandro
40, 58
Esmirna
22, 32
Esparta
39, 52, 73, 74
Estados Unidos de Norteamérica
34, 42, 47
Etolia
73

Eurimedón: Sirviente de Agamenón.
76, 79
Eurípides: Uno de los más importantes dramaturgos griegos (484-406 a. C.).
71, 85
Europa
20, 34, 51
Evans, Arthur: Arqueólogo inglés (1851-1941) que descubrió el centro de la civilización minoica al realizar excavaciones en el palacio de Knossos, en la isla de Creta.
92

Florencia
44
Francia
97
Fürstenberg
17

Galípoli
57
Grecia
36, 39, 43, 44, 48, 51, 52, 58, 61, 70, 71, 74, 79-81, 90, 92, 93
Guillermo I: (1797-1888): Rey de Prusia y posteriormente emperador de Alemania, de 1871 a 1888.
90

Halle
93
Hamburgo
19, 22
Héctor: Jefe de la defensa troyana, hijo de Príamo y Hécuba, que murió a manos de Aquiles.
36, 40, 42, 52, 54
Hefesto: Dios del fuego, hijo de Zeus y Hera, esposo de Afrodita.
54
Heidelberg
89
Helena: Hija de Zeus y Leda, hermana de Clitemnestra y los Dióscuros, esposa de Menelao. Es raptada por Paris, lo cual desata la guerra entre griegos y troyanos.
39, 51, 52, 54, 69, 71, 73, 74
Helesponto
51, 52
Hera: Hermana y esposa de Zeus, decidida protectora de los aqueos contra los troyanos.
52, 76
Herculano
14

Hércules: Héroe legendario griego.
39, 83
Hissarlik
41, 45, 48, 55, 57, 58, 61, 63, 70, 80-83, 89
Homero: Poeta griego a quien se le atribuyen la *Ilíada* y la *Odisea*. No existen datos exactos sobre su vida; se lo ubica en el siglo VIII a. C.
14, 17, 18, 30, 34, 37, 40-42, 51, 57, 59, 63-65, 71, 82, 94, 95
Howland, J. S.: Comerciante con el cual Schliemann pretendía hacer un negocio en México.
34

Ida
42, 55, 58
Ifigenia: Hija de Agamenón y Clitemnestra, sacrificada en Áulide para provocar vientos favorables a las naves griegas.
52, 74
***Ilíada*:** Poema épico griego, atribuido a Homero, que pertenece a la tradición oral hasta que se escribe en el siglo VI a. C. Narra un fragmento de la guerra de Troya. Recibe el título de *Ilíada* pues Troya también era llamada Ilión.
40, 51, 54, 55, 61
Ilión
véase Troya
India
33
Indianápolis
36
Inglaterra
96
Irlanda
27
Ítaca
32, 37, 39, 52
Italia
55

Japón
33
Java
33
Jerusalén
32
Jorge I: Nacido en 1845, fue rey de Grecia desde 1863 hasta su muerte en 1913.
79

Kirk Gios
40
Knossos
92

Köningsberg
29
Kum Kale
57

La Guaira
19
La Habana
34
La Meca
32
La Paz
34
Lamia
61
Lebus
96
Leda: Esposa de Tíndaro, rey de Esparta; madre de Helena y Clitemnestra.
73
Leese, Jacobo P.: Comerciante con el que Schliemann pretendía hacer un negocio en México.
34
Leipzig
87, 93
Londres
69-70, 90
Luise: Amiga de la infancia de Schliemann.
15

MacLaren, Charles: Autor inglés que aseguró que las ruinas de Troya se encontraban bajo la Nueva Ilión.
41
Madrás
33
Mecklenburgo
11, 13
Mediterráneo
58, 71
Memel
29
Menelao: Rey de Esparta, esposo de Helena.
39, 52, 54, 73, 74, 76
Mesina
45
México
33, 34
Micenas
39, 52, 70, 71, 74-76, 79, 80, 83, 85, 87, 90, 94, 96

Minna: Amiga de la infancia de Schliemann.
15, 17, 18, 23
Minos: Rey de Creta, famoso por el laberinto que mandó construir.
82
Moscú
20, 22, 29

Nápoles
44, 94
Nauplia
39, 86, 87
Negro, mar
51, 58
Neubukow
13
Nicaragua
34
Nilo
32
Norteamérica
véase Estados Unidos
Nueva Ilión
41, 63, 64
Nueva York
22, 25, 27, 34, 47

Odisea: Poema épico griego, atribuido a Homero. Narra las azarosas aventuras de Ulises, cuyo nombre griego es Odiseo, de regreso a Ítaca, después de la guerra de Troya.
37
Olimpo: Morada de los dioses griegos, monte ubicado entre Macedonia y Tesalia.
51, 82
Orcómenes
82, 96
Orestes: Hijo de Agamenón y Clitemnestra. Junto con su hermana Electra, venga la muerte de su padre, matando a su madre y a Egisto, su amante.
71, 74

Pacífico
33
palo de Campeche: Planta tintórea que crece en México y otros lugares de la América tropical.
30
Pappadakes, Nikolaos: Maestro de griego y amigo de Schliemann.
30
París
34-36, 44, 45, 93

Paris: Hijo de Príamo y Hécuba, hermano de Héctor. Es el causante de la guerra de Troya por haber raptado a Helena.
39, 52, 54, 58, 74
Patroclo: Lugarteniente y amigo inseparable de Aquiles.
54
Pausanias: Geógrafo griego (143-146 d. C.). Realizó una guía sobre las ruinas antiguas de Grecia.
75, 76, 78, 79, 85
Pelasgotis
73
Peloponeso
37, 39, 71, 73, 76, 83
Pelops: Padre de Atreo y de Tiestes, abuelo de Agamenón y Menelao.
71, 73, 76
Penélope: Esposa de Ulises.
37
Penrose: Autor inglés, oponente de Schliemann.
90
Petra
32
Petruschen de Berslan
96
Polonia
96
Pomerania
11
Pompeya
14, 94
Preto: Legendario rey de Tirinto.
85
Príamo: Viejo rey de Troya, esposo de Hécuba, padre de Héctor, Paris y Casandra.
52, 54, 59, 66, 69.
Prusia
96

República Democrática Alemana
96
Río de Janeiro
22
Roma
44, 55
Rostok
42
Rusia
19, 20, 22, 25, 27-29, 33-35, 45, 96
Russdorf
13

Sacramento
27
Saigón
33
San Francisco
27
San Petersburgo
20, 22, 29, 33, 35, 45
Sayce, Archibald Henry: Filólogo inglés (1845-1933). Prologó el libro de Schliemann sobre Troya.
83
Sophie: Novia de Schliemann en su juventud.
23, 24
Schliemann, Andrómaca: Hija de Schliemann y Sofía Engastrómenos.
48
Schliemann, Ernst: Padre de Schliemann.
11, 13, 15
Schliemann, Heinrich
13-15, 17-20, 22-25, 27-30, 32-36, 39-45, 47, 48, 60, 63, 66, 68-71, 76, 79, 82, 83, 87, 89, 90, 92, 94-96
Schliemann, Luis: Hermano de Schliemann.
25, 27, 28
Schliemann, Nadja: Hija de Schliemann y Ekaterina.
33
Schliemann, Natasha: Hija de Schliemann y Ekaterina.
33, 45
Schliemann, Pablo: Hermano de Schliemann.
24
Schliemann, Sergeiev: Hijo de Schliemann y Ekaterina.
33, 35, 45
Schönenbeck an der Elbe
96
Schroeder: Familia de comerciantes con la cual Schliemann trabajó y mantuvo relaciones comerciales.
19, 20, 22, 29
Schuchardt, Carl: Recopiló la obra de Schliemann por sugerencia de su casa editora.
93
Siblak
57
Sicilia
44
Simoins
58
Sinaloa
34
Singapur
33

Siria
32
Sófocles: Uno de los más importantes dramaturgos griegos (496-406 a. C.). Autor, entre otras obras, de *Edipo rey*.
44, 71
Sterski y Cía.
33
Stillman: Alemán, oponente de Schliemann.
90
St. van Pennep y Cía.
22
Suecia
32

Tetis: Esposa de Peleo y madre de Aquiles.
54
Texel
19
Tiestes: Hermano de Atreo y rey de Micenas. Padre de Egisto.
73, 74
Tíndaro: Rey de Esparta, esposo de Leda.
73
Tirinto
39, 71, 83, 85, 87, 90, 94, 95
Topolobampo
34
Tracia
57
Trieste
22
Tróada
55, 58, 60, 83
Troya
14, 15, 34, 37, 39-42, 44, 45, 51, 52, 54, 55, 57-59, 63-66, 69-71, 74, 76, 80-83, 89, 90, 94, 95
Túnez
33
Turquía
39, 69, 96

Ulises: También conocido como Odiseo. Rey de Ítaca, esposo de Penélope. Protagonista de la *Odisea*.
17, 36, 37, 52, 54

Venecia
44
Venezuela
19

Vimpos, Theokletos: Maestro de griego y amigo de Schliemann.
30, 36, 42, 43, 47

Virchow, Rudolf Carl: Científico alemán (1821-1902) que avaló los hallazgos de Schliemann en Troya.
82, 90, 93, 94, 96

Virgilio, Publio: Poeta latino (70-19 a. C.) autor de la *Eneida*, poema épico que narra la fundación de Roma por Eneas.
55

Yannakis: Capataz que trabajó con Schliemann en las excavaciones de Troya.
66

Zeus: Hijo de Cronos y Rea, esposo de Hera. Máxima divinidad del Olimpo.
42, 52, 94

10 000 ejemplares, abril de 1991
Impreso por Litoarte, S. A. de C. V.
San Andrés Atoto 21-A
Col. Industrial Atoto, Naucalpan
53519 Estado de México

Colección
Viajeros del Conocimiento

Nadie duda de que la ciencia es importante para el progreso de la humanidad; lo que casi nunca nos dicen es que también es sumamente divertida. La historia de la investigación científica es tan apasionante como una buena novela de misterio o una película de vaqueros. Sólo que el malvado es la ignorancia, el villano la incomprensión.

En este libro damos a conocer la obra y la increíble vida de Heinrich Schliemann, arqueólogo autodidacta alemán: una verdadera novela de aventuras que lo llevaron a viajar por todo el mundo y a ser desde náufrago hasta banquero. Inspirado por las lecturas griegas de su infancia, Schliemann logró realizar su más grande sueño: encontrar los tesoros de la Troya legendaria.

Queremos que niños y jóvenes puedan acercarse a las obras fundamentales de Schliemann; para eso seleccionamos los fragmentos más importantes de sus obras y los volcamos en un lenguaje claro y comprensible. Ojalá se diviertan todos al leer este libro tanto como nosotros al publicarlo.

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

PANGEA